Falsificaciones y otros relatos

MARCO DENEVI



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL MAESTRO TRAICIONADO

Se celebraba la última cena.

-¡Todos te aman, oh Maestro! -dijo uno de los discípulos.

-Todos no -respondió gravemente el Maestro-. Conozco a alguien que me tiene envidia y que en la primera oportunidad que se le presente me venderá por treinta dineros.

-Ya sé quién es -exclamó el discípulo-. También a mí me habló mal de ti.

-Y a mí -añadió otro discípulo.

-Y a mí, y a mí dijeron todos los demás. Todos, menos uno que permanecía silencioso.

-Pero es el único -prosiguió el que había hablado primero-. Y para probártelo diremos a coro su nombre sin habernos puesto previamente, de acuerdo.

Los discípulos, todos, menos aquel que se mantenía mudo, se miraron, contaron hasta tres y gritaron el nombre del traidor.

Las murallas de la ciudad vacilaron con el estrépito, porque los discípulos eran muchos y cada uno había gritado un nombre distinto.

Entonces el que no había hablado salió a la calle, y libre de remordimientos, consumó su traición.

LA REINA VIRGEN

He sabido que Isabel I de Inglaterra fue un hombre disfrazado de mujer. El travestismo se lo impuso la madre, Ana Bolena, para salvar a su vástago del odio de los otros hijos de Enrique VIII y de las maquinaciones de los políticos. Después ya fue demasiado tarde y demasiado peligroso para descubrir la superchería. Exaltado al trono, cubierto de sedas y de collares, no pudo ocultar su fealdad, su calvicie, su inteligencia y su neurosis. Si fingía amores con Leicester, con Essex y con sir Walter Raleigh, aunque sin trasponer nunca los límites de un casto flirteo, era para disimular. Y rechazaba con obstinación y sin aparente motivo las exhortaciones de su fiel ministro Lord Cecil para que contrajese matrimonio aduciendo que el pueblo era su consorte. En realidad estaba enamorado de María Estuardo. Como no podía hacerla suya recurrió al sucedáneo del amor: a la muerte. Mandó decapitarla, lo que para su pasión desgraciada habrá sido la única manera de poseerla.

ÉTICA DE LA CELESTINA

-MELIBEA: No debo, señora.

-CELESTINA: Di "no quiero". Eso es respetable y yo me marcho. Pero no digas "no debo" porque entonces me encarnizo.

LOS FRACASADOS

Una casa pobre. La mujer barre enérgicamente el piso con una escoba medio calva. Entra el hombre. Parece muy abatido. Se sienta sin pronunciar palabra. Ella ha dejado de barrer y lo mira. Pregunta:

-¿Y bien? ¿No dices nada?

-¿Qué tengo que decir?

-Miren la contestación. ¿Tres días que faltas de casa y no tienes nada que decir? Marido, te previne que no volvieras con las manos vacías.

-Ya lo sé. Si he vuelto es porque cumplí tus órdenes.

-Mis órdenes. Mis consejos, diría yo. Y entonces ¿por qué estás así, hecho un trapo?

-¿Acaso debería estar alegre?

-Me parece a mí.

-Pues ya ves. No estoy alegre. Estoy arrepentido.

-Vaya. Te duró poco el valor.

-¿Qué valor? Lo hice porque tú me obligaste.

-Porque yo lo obligué. Oigan el tono. Cualquiera pensaría que lo obligué a cometer un crimen. ¿Y a qué te obligué, veamos?. A darte tu lugar. A demostrar que eres un hombre, no un títere. Pero estás arrepentido. Preferirías seguir como hasta ahora. El último de la fila. El que recoge los huesos que arrojan los demás. Aquel a quien se llama para que, cuando todos ya se han ido, limpie las mesas y apague las luces. Siempre serás el mismo mediocre. Ignoras lo que es tener ideales, alguna noble ambición. El fracaso es

tu atmósfera. Y yo, tu víctima. Mira a las mujeres de tus amigos: cubiertas de joyas, con sirvienta, con automóvil y un palco en el teatro. Ahora mírame a mí: una fregona dedicada día y noche a los quehaceres domésticos. En lugar de alhajas, callos. No voy al teatro, voy al mercado. Y porque pretendo que mi marido levante cabeza y le doy buenos consejos, óiganlo, me lo echa en cara.

-Siempre tuve mala suerte.

-¿Ahora también, mala suerte?

-Un presentimiento me dice que sí.

-Un presentimiento. Llamas presentimientos a los pujos de vientre de tu cobardía.

-Nada bueno saldrá de todo esto.

-Eso es. Regodéate en tu pesimismo. Serías capaz de verme embarazada y creer que estoy hidrópica. Encontrar una moneda de oro en la calle y confundirla con el escupitajo de un tísico. Oír la voz de Dios que te llama y ponerte a correr por miedo de que sea la voz de un acreedor. Cómo que nada bueno saldrá de todo esto. ¿Y la recompensa?. Me lo imagino: la rechazaste. Y, como siempre, el premio se lo llevó otro.

-No. Me pagaron.

-¿Cuánto?

Él le entrega unas pocas monedas.

-¿Esta miseria?

-¿Qué esperabas? ¿Millones?

-Un cargo. Eso es lo que ambiciono para ti. Un cargo en el gobierno, bien remunerado y que nos permita asistir desde el palco oficial a los desfiles militares. Te lo deben. Al fin y al cabo les prestaste un buen servicio. Más de uno habría querido hacerlo, pero lo hiciste tú. Y a ellos tu pequeña acción les reportará enormes beneficios. Volverás y les exigirás que te den un empleo. Un empleo en el que no tengas que matarte trabajando pero que te haga ganar un buen sueldo, cierto prestigio social y algunas ventajas adicionales. No hablo de coimas. Hablo de un automóvil oficial. Si fuese con chofer incluido, mejor todavía. Siempre quise pasearme en uno de esos inmensos automóviles negros conducidos por un chofer de uniforme azul y gorra.

-No me darán ni el puesto de ordenanza.

-¿Por qué? ¿No saben que fuiste tú quien les hizo ese favor?

-Cómo no van a saberlo. Ya ves que me pagaron.

-Los grandes, digo. Los que firman los nombramientos y manejan los teléfonos secretos. No lo saben. Trataste el negocio con algún subalterno que te quitó del medio con estas moneditas para hacerse pasar él por el autor y conseguir que lo asciendan de categoría.

-Todos lo saben. Del primero al último.

-¿Qué más quieres? Y entonces ¿por qué dices que no te nombrarán ni siquiera ordenanza?

-Nada les gusta menos que mostrarse agradecidos.

-Son envidiosos.

-Además, no quieren aparecer como mis instigadores. Quieren que se crea que lo hice por mi propia iniciativa.

-Envidiosos y cobardes.

-Pero todo el mundo ya está enterado. En la calle me señalaban con el dedo.

-No me digas. ¿Te señalaban con el dedo? ¿En la calle? ¿La gente? Qué bien. Eso significa que no te debe importar la ingratitud de los de arriba. El pueblo reconoce tus méritos. ¿Creen que los hiciste por tu propia iniciativa? Mejor. Serás-famoso,-llegarás lejos.

-No me asustes.

-¿Asustarte tonto? Ya veo: la gloria te produce terror. Acostumbrado a la oscuridad, la luz te hace arder los ojos. Felizmente yo estoy a tu lado. Yo te sostendré, te guiaré. Apóyate en mí y avanza.

Se oye, afuera, el rumor de una muchedumbre. El hombre tiembla.

-¿Qué son esos gritos?

-Te lo dije: el pueblo. Viene a felicitarte, a traerte regalos. Querrán que seas su caudillo. Pero por ahora tú no salgas. Los grandes hombres no deben dejarse ver por la multitud. Envueltos en el misterio, siempre lejanos, siempre inaccesibles, parecen dioses. Vistos de cerca defraudan mucho. Tú, ni qué hablar. Además te falta experiencia. Todavía no dominas tu papel de personaje célebre. Tengo miedo de que, si los recibes, los trates de igual a igual. Déjame a mí. Yo hace rato que me preparo para estas cosas. Saldré yo. Yo sé cómo manejarlos.

-¿Oyes? Gritan ¡viva nuestro rey!

-¿Rey? ¿Y yo reina? Francamente, es más de lo que yo esperaba. ¿Más? ¿Por qué más? No permitiré que me contagies tu modestia. Lo que ocurre es que cuando la justicia tarda en llegar la confundimos con la buena suerte. Reina. Bien, acepto. Otra que un empleo de morondanga y un automóvil usado. Tendremos palacios, carruajes, un ejército de sirvientes. La primera medida que tomarás: aumentar los impuestos.

-¡Gritan cada vez más alto! ¡Se impacientan!

-Está previsto.

-¡Apúrate!

-¿Te parezco que estoy presentable? ¿No debería ponerme otro vestido?

-¡Derribarán la puerta!

-¡Y yo sin maquillarme!

-No les digas que estoy aquí.

-Les diré que estás con los embajadores extranjeros. Y si desean una audiencia, que la supliquen por escrito con diez días de anticipación. Pensar que todo esto me lo debes a mí.

La mujer sale. El hombre, inmóvil y aterrado, espera. Al cabo de unos minutos ella reaparece, se sienta. Él la mira. Afuera se ha hecho el silencio. Él le pregunta:

-¿Qué querían?

-Cállate. Eres un fracasado. Los dos somos unos fracasados.

-¿Por qué? ¿Qué pasó?

La mujer se pone de pie de un salto, empieza a gritar:

-¿Y todavía lo preguntas? ¿Qué pasó? Pasó que otra vez te dejaste ganar.

-Hice lo que tú me pediste.

-Y qué es lo que yo te pedí, imbécil. Que hicieras algo como la gente. Algo que nos salvara de la pobreza. Y has elegido bien, tú. Te has lucido. Pero se terminó. Basta. ¡Fuera de aquí! ¡Quítate de mi vista! ¡No quiero verte más!

El hombre empieza a salir. Al llegar a la puerta se vuelve y mira a la mujer. La mujer llora. Él pregunta:

-¿Me dirás por lo menos qué sucedió?

Ella deja de llorar. Levanta la cabeza. Y por fin, después de un silencio, dice secamente:

-Resucitó.

Entonces Judas Iscariote sale de su casa y va a colgarse de la higuera.

TEORÍA SOBRE EL PECADO ORIGINAL

Según el heresiarca Pórpulus (?-473), quien por defender esa teoría fue condenado a la condición de personaje apócrifo, el pecado original consistió en la incorporación de la espiritualidad a la sexualidad (de ahí el súbito pudor de Adán y Eva por la desnudez), con lo que el amor humano se independizó de la mera procreación y le disputó su sitio al amor divino. Dios se puso celoso.

LA LECCIÓN DE LA HISTORIA

A su vuelta de Tierra Santa los Cruzados para implantar la moda de los baños turcos difundieron las bubas de la peste negra.

Y ahora nosotros somos los apestados.

VERSIÓN BÁRBARA DE TRISTÁN E ISOLDA

Lo que transcribo lo escuché de labios de don Idarcielo Poli, comisario de La Magdalena, una tarde del otoño de 1912. En ese relato creo descubrir una última versión (o quizá la primera, la verdadera, la anterior a la leyenda, a la poesía y a la música, a Gerbert de Montreuil y al hiperbólico Wagner) de los amores de Tristán e Isolda. Para facilitar las analogías (es el oficio de los historiadores), al peón lo llamo El Triste; a la mujer, La Rubia (seguramente era morena) y al Marke criollo, don Marcos.

-Hace un par de años -me dijo don Idarcielo-, a ese hombre, así como usted lo ve, le aconteció una cosa fiera. Resulta que descubrió que su mujer, La Rubia, andaba en amoríos con un peón de apelativo El Triste. Don Marcos le hundió un fierro al sotreta y a la indigna la echó de la estancia. Todos estuvimos dé acuerdo en que había procedido como cuadra a un varón de ley. Por eso y porque don Marcos es el jefe político de La Magdalena no le pregunté ni por la salud del Triste. A la que, por pura formalidad, sometí a interrogatorio fue a la Rubia. ¿Y a que usted no sabe con qué me salió? Con que la culpa no la tenían ni ella ni el Triste sino un brebaje que habían tomado y que contra su voluntad les produjo el enamoramiento. ¿Quién preparó ese brebaje? Le pregunté. "Para mí que mi marido", me contestó. "Andaba queriendo deshacerse de mí y entonces nos hizo tomar a los dos esa bebida para que nos enamorásemos y nos escapáramos juntos. Pero El Triste, que era un hombre leal, fue y se lo contó todo a mi marido. Así que mi marido no tuvo mas remedio que matar a ese infeliz".

LOS MILITARES PERSISTEN

En mi libro *La Guerra Grande* (Buenos Aires, 1872) relato un episodio del que fui testigo: "Después de la batalla de Quebracho Herrado, el coronel dio orden de enterrar a los muertos de ambos bandos. El sargento Saldívar y ocho soldados se encargaron de la macabra tarea. Recuerdo que le dije a Saldívar:

-Pero sargento, algunos no están muertos, óigalos quejarse, y usted los entierra lo mismo.

Me contestó:

-Ah, si usted les va a hacer caso a ellos, ninguno estaría muerto. Y siguió, nomás, enterrándolos. Por esa salida lo ascendieron a sargento mayor".

Ahora vengo a enterarme de que el mismo episodio, *mutatis mutandis,* lo cuentan Aulio Minucio *(Rerum gestarum Libri)*, el duque de Chantreau *(Mémoires sur le régne de Louis XIII)* y el general Alfonso Cavestany *(Crónica de las guerras carlistas).*

UN ALTRUISTA

Shylock practica la usura para que sus clientes no añadan, a la deuda en dinero, la otra deuda, la más pesada de todas: la gratitud.

POST COITUM NON OMNIA ANIMAL TRISTE

-El padre de Melibea: ¡Desdichada, te dejaste seducir por Calixto! ¿No pensaste que después sentirías rabia, vergüenza y hastío?

-Melibea: nosotras las mujeres sentimos la rabia, la vergüenza y el hastío no después sino antes.

GOBERNANTES Y GOBERNADOS

Por las noches el Gran Tamerlán se disfrazaba de mercader y recorría los barrios bajos de la ciudad para oír la voz del pueblo. Él mismo les tiraba de la lengua.

-¿Y el Gran Tamerlán? -preguntaba-. ¿Qué opináis del Gran Tamerlán?

Invariablemente se levantaba a su alrededor un coro de maldiciones y de rabiosas quejas. El mercader sentía que la cólera del pueblo se le contagiaba. Arrebatado por la indignación, añadía sus propios denuestos, revelaba un odio feroz contra el gobierno.

A la mañana siguiente, en su palacio, el Gran Tamerlán se enfurecía. ¿Sabe toda esa chusma -pensaba- qué es manejar las riendas de un imperio? ¿Creen esos granujas que no tengo otra cosa que hacer sino ocuparme de sus minúsculos intereses, de sus chismes de comadres? Y se dedicaba a los intrincados problemas oficiales.

Pero a la noche siguiente el mercader volvía a oír las pequeñas historias de atropellos, arbitrariedades, abusos de la soldadesca, prevaricatos de los funcionarios, deshonestidades de los cobradores de impuestos, y de nuevo hacía causa común con el pueblo.

Al cabo de un tiempo el mercader organizó una conspiración contra el Gran Tamerlán. Su astucia, su valor, su conocimiento del arte de la guerra lo convirtieron en el jefe de la conjura y en el líder del pueblo. Pero el Gran Tamerlán le desbarataba, desde su palacio, todos los planes revolucionarios, a menudo a duras penas y con gran sacrificio de soldados.

Este duelo se prolongó durante varios años. Hasta que el pueblo, harto de fracasos, sospechó que el mercader en realidad era un agente provocador a sueldo del Gran Taberlán y lo mató en una oscura taberna, a la misma hora en que los dignatarios de la corte, sospechando que el Gran Tamerlán ya no tenía agallas para vencer a sus enemigos, lo asesinaban en su vasto lecho.

FIN DE TODA DISCUSIÓN TEOLÓGICA SOBRE JUDAS

Judas es un recurso dramático exigido por la mecánica de la Pasión, un personaje ideado por Dios para que asuma el papel individual del traidor. Lo representa un hombre en calidad de actor. Apenas la Pasión concluye, el hombre deja de ser Judas. Nunca sabremos su verdadero nombre. Su identidad humana jamás nos será revelada. Él mismo ya ha olvidado que una vez encarnó a Judas. Y lo que huelga de la higuera es el disfraz que usó sobre el escenario.

LA CONTEMPORANEIDAD Y LA POSTERIDAD

En un hotel de mala muerte, calle Campagne Première, año 1872, un académico espía por el ojo de la cerradura el cuarto contiguo al suyo. Ve, escandalizado, que un hombre y un jovencito están haciendo el amor. Llama a la policía y los gendarmes se llevan presos a los dos viciosos. Entonces el académico vuelve a su habitación y, más tranquilo, prosigue escribiendo una tesis académica, erudita y laudatoria, sobre la poesía de Paul Verlaine y de Arthur Rimbaud. Mientras tanto, en la comisaría, los dos viciosos, interrogados, dicen llamarse Paul Verlaine y Arthur Rimbaud, respectivamente, y ser de profesión poetas. En el bolsillo del hombre es encontrado un poema que se titula *Vers pour être* calomnié.

UNA VIDA RUTINARIA

Prisionero de Inglaterra, Napoleón Bonaparte llegó a la isla de Santa Elena el 15 de octubre de 1816. El médico de abordo le diagnosticó cáncer de píloro, pronosticó que no viviría mucho tiempo.

El gobernador de la isla, sir Hudson Lowe, profesaba a Napoleón un frío aborrecimiento británico. Dispuesto a hacerle pagar caros sus quince años de gloria, razonó así: "Este hombre morirá a corto plazo. Su reclusión en Santa Elena será breve y, aún en mi compañía, no le hará pagar todas sus culpas. No tengo otro recurso que alargar artificialmente la duración de su cautiverio".

Fraguó, pues, un plan. En las habitaciones de Napoleón todos los días eran el mismo día. Los relojes no funcionaban. Los almanaques mostraban una única hoja y la hoja decía: 15 de octubre de 1816, miércoles. Desayunos, almuerzos y cenas no variaban. No variaban las palabras, las pausas, los tonos de voz, los fingidos titubeos, las miradas, los ademanes, las vestimentas y los movimientos de quienes a diario atendían al emperador caído.

Napoleón daba todas las tardes un paseo por las galerías interiores de la fortaleza (había que evitar que las alteraciones del clima lo echasen todo a perder) y en esos paseos encontraba siempre la misma temperatura y la misma luz, veía las mismas caras, oía las mismas voces y recibía los mismos saludos. Por la noche escribía sus memorias. Que escribiese todo lo que quisiera: al día siguiente los papeles estaban en blanco y debía recomenzarlo todo. O que leyese: en la biblioteca había un solo libro multiplicado en cientos de ejemplares iguales.

Todas las mañanas lo visitaba el médico. Los mismos golpecitos en el vientre, la misma recomendación involuntariamente irónica (dieta, reposo, la lectura de la Biblia), la misma hipócrita reverencia. Después lo visitaba sir Hudson. Todas las veces le preguntaba: "¿Alguna queja que formularme?", cualquiera que fuese la contestación añadía: "Lo tendré en cuenta" y se iba sonándose la nariz anabaptista en el mismo pañuelo de hilo irlandés.

Esta farsa se repitió durante meses. Sobreviva un día o un año, reflexionaba Lowe, su castigo le parecerá eterno. Pero transcurrieron años y Napoleón no se moría. El médico le informaba al gobernador: "Es increíble, se mantiene en el mismo estado de salud". Lowe

Librodot

gruñía: "Tanto mejor". Pero la rutina los volvía locos a todos. Estaban hartos de comportarse como figuras mecánicas. Hubo protestas, algunos pujos de rebelión. Sir Hudson no cedió. Combinando arengas patrióticas y terribles amenazas consiguió imponerse a sus subordinados. Éstos aguantaron cinco años.

Pero el 5 de mayo de 1821 fue sir Hudson Lowe quien perdió la paciencia. Irrumpió en las habitaciones de Napoleón y empezó a gritar y a maldecir. Inmediatamente el prisionero murió de cáncer de píloro.

En este episodio histórico se inspiraron Edgar Allan Poe para su Mr. Valdemar y Adolfo Bioy Casares para una narración, injustamente tildada de original, que se titula El *perjurio de la nieve.*

LOS ANIMALES EN EL ARCA

Sí, Noé cumplió la orden divina y embarcó en el arca un macho y una hembra de cada especie animal. Pero durante los cuarenta días y las cuarenta noches del diluvio ¿qué sucedió? Las bestias ¿resistieron las tentaciones de la convivencia y del encierro forzoso? Los animales salvajes, las fieras de los bosques y de los desiertos ¿se sometieron a las reglas de la urbanidad? La compañía, dentro del mismo barco, de las eternas víctimas y de los eternos victimarios ¿no desataría ningún crimen? Estoy viendo al león, al oso y a la víbora mandar al otro mundo, de un zarpazo o de una mordedura, a un pobre animalito indefenso. ¿Y quiénes serían los más indefensos sino los más hermosos? Porque los hermosos no tienen otra protección que su belleza. ¿De qué les serviría la belleza en un navío colmado de pasajeros de todas clases, todos asustados y malhumorados, muchos de ellos asesinos profesionales, individuos de mal carácter y sujetos de avería? Sólo se salvarían los de piel más dura, los de carne menos apetecible, los erizados de púas, de cuernos, de garras y de picos, los que alojan el veneno, los que se ocultan en la sombra, los más feos y los más fuertes. Cuando al cabo del diluvio Noé descendió a tierra, repobló el mundo con los sobrevivientes. Pero las criaturas más hermosas, las más delicadas y gratuitas, los puros lujos con que Dios, en la embriaguez de la Creación, había adornado el planeta, aquellas criaturas al lado de las cuales el pavorreal y la gacela son horribles mamarrachos y la liebre una fiera sanguinaria, ay, aquellas criaturas no descendieron del arca de Noé.

POLIFEMO & CIA.

En todas las historias de amor que conocemos figura un personaje que, porque es feo, no es amado. Ignoramos una historia anterior en la que ese mismo personaje, porque no fue amado, se volvió feo.

PELIGRO DE LAS EXCEPCIONES

Sentado en el umbral de mi casa, vi pasar a Lázaro, todavía con el sudario puesto en medio de una multitud que lo aclamaba. Después que la muchedumbre se alejó, vi pasar a un joven en ligero estado de putrefacción. Después, a una mujer embalsamada. Tras la mujer pasó un esqueleto pelado aunque con anillos en las falanges. Al ver que se aproximaba un hombre sin cabeza le pregunté qué significaba todo aquel desfile. Si bien el hombre no tenía cabeza me contestó muy atento: "Cuando suspendieron momentáneamente la ley para que Lázaro saliera, nosotros aprovechamos la suspensión y salimos también. Somos muchos. Mire". Miré y vi que por el camino avanzaba la columna de los resucitados. La atmósfera se había vuelto irrespirable.

EL NUNCA CORRESPONDIDO AMOR DE LOS FUERTES POR LOS DÉBILES

Hasta el fin de sus días Perseo vivió en la creencia de que era un héroe porque había matado a la Gorgona, a aquella mujer terrible cuya mirada, si se cruzaba con la de un mortal, convertía a éste en una estatua de piedra. Pobre tonto. Lo que ocurrió fue que Medusa, en cuanto lo vio de lejos, se enamoró de él. Nunca le había sucedido antes. Todos los que, atraídos por su belleza, se habían acercado y la habían mirado en los ojos, quedaron petrificados. Pero ahora Medusa, enamorada a su vez, decidió salvar a Perseo de la petrificación. Lo quería vivo, ardiente y frágil, aún al precio de no poder mirarlo. Bajó, pues, los párpados. Funesto error el de esta Gorgona de ojos cerrados: Perseo se aproximará y le cortará la cabeza.

BIOGRAFÍA SECRETA DE NERÓN

La clave la proporciona Suetonio en Los *Doce Césares, Vida de Nerón Claudio, LI:* "Tenía los ojos azules y la vista débil".

Los emperadores, pretendiendo igualarse con los dioses, escondían desesperadamente sus defectos físicos. El pueblo les perdonaba menos una verruga que un crimen. ¡Lo que no habrá hecho Julio Cesar para disimular su calvicie! ¡Lo que no habrá inventado! Terminó por arrancarles a los senadores una ley que lo autorizaba a usar en forma permanente una corona de laurel. Octavio Augusto se sometió a la tortura de una ortopedia de cañas, que con el pretexto de ser muy friolento ocultaba invierno y verano bajo tres o cuatro túnicas, sólo porque lo aquejaba una leve cojera. A Vespasiano un cómico le hizo, en pleno teatro, delante de todo el mundo, una broma soez a causa de que tenía un rostro siempre congestionado como si estuviera evacuando el vientre.

Nerón, tímido, sensible, amenazado por rivales poderosos, debió mantener en secreto su miopía. En el circo, aislado en su palco, no podía distinguir si los pulgares de la multitud apuntaban hacia abajo o hacia arriba. Los cortesanos lo miraban, aguardando su decisión. Contrariar la piedad del populacho es menos peligroso que contrariar su sed de sangre. Nerón decretaba la muerte de atletas y gladiadores y así se hizo la fama de cruel.

Exquisito amigo de sus amigos, le gustaba agasajarlos por su propia mano, servirles de comer y de beber. Pero a cada rato equivocaba los frascos, confundían los ingredientes, creía darles vino y les daba veneno. De ese modo estúpido despachó a seres a quienes adoraba. Pero no podía llorarlos tenía que sonreír con una sonrisa pérfida, hacer creer que era un crimen lo que había sido un error de miope. A sus espaldas todos lo tildaban de asesino.

Cierta vez en la calle, desde una litera, una mujer lo llama con un ademán que él cree insinuante. Corre, la abraza. Entonces descubre que es su madre, Agripina. El pueblo, testigo de la escena, lo cree incestuoso.

Otra vez le parece ver, entre la muchedumbre, a una joven idéntica a la difunta Popea. Ordena en voz alta que le traigan a esa muchacha. Cuando ella se aproxima Nerón cae en la cuenta de que no es una mujer sino Sporus, un mancebo con los cabellos largos a la moda alejandrina. Pero los cortesanos toman al pie de la letra las palabras del emperador, transforman a Sporus en una muchacha y durante años Nerón se ve obligado a hacerle el amor a ese monstruo.

Lo mismo sucedió con todo el resto: el incendio de Roma, las persecuciones a los cristianos, la larga serie de arbitrariedades, de locuras y de caprichos que Tácito enumera como la obra de un depravado. En realidad fueron equivocaciones de un corto de vista.

DESASTROSO FIN DE LOS REYES MAGOS

"Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños de Belén" (Mateo, 2, 16). Camino de regreso a sus tierras, los tres Reyes Magos oyeron a sus espaldas el clamor de la Degollación. Más de una madre que corrió tras ellos, los alcanzó y los maldijo. De todos modos la noticia se propagó velozmente. Marcharon entre puños crispados y sordas recriminaciones de hombres y mujeres. En una encrucijada vieron a José y a María que huían a Egipto con el Niño. Cuando llegaron a sus respectivos países los mató el remordimiento.

ANTÍGONA, O LA CARIDAD

¡Cuidado! Edipo acaba de morir. Y sobre ese cadáver tibio y cubierto de andrajos Antígona llora lastimeramente. Pero cuidado, digo. Porque Antígona está pensando para sus adentros:

"¿Y ahora? ¿Qué será de mí? He pasado mis mejores años dedicada a cuidar de mi padre viejo y ciego. Pero mientras él vivía y yo, su hija predilecta, lo guiaba por los caminos, las gentes salían a mi encuentro, me bendecían me hacían entrar en sus casas, me daban de comer, llegaron a ofrecerme regalos. Yo era respetada, admirada, agasajada. Creo que he sido más famosa que mi padre. Tenía el porvenir seguro. Me sentía feliz. ¿Y ahora? Anciano egoísta, después de exprimirme como a un limón te mueres y me dejas abandonada. Sola ¿a qué puerta llamaré? Madura y fea ¿quién se interesará por mí? ¿Este es el premio de mis sacrificios? ¿Así se me despide, como a una sirvienta inválida? Luego de tantos años de ejercer mi profesión de hija caritativa no estoy en condiciones de aprender una nueva. No sé hacer otra cosa que extender la mano y, componiendo un semblante patético, excitar la piedad ajena. Pero necesito la compañía de un desdichado. De lo contrario una solterona no excita la piedad, sólo provoca la indiferencia o el desprecio. Repito: ¿qué será de mí?

Ved cómo cesa de llorar, cómo levanta la cabeza y hace girar los ojos ávidos. Escondamos a nuestros tiernos hijos: Antígona no vacilaría en volverlos huérfanos. Ocultemos a nuestros padres: Antígona sería capaz de convertirlos en nuevos Edipos ciegos. Nadie es más temible

que una Antígona sin ocupación.

LA CONDENA

-Aquí estoy. Hasta ayer me invocabais a ciegas, en días indebidos, mediante conjuros destinados a otras categorías de almas. Durante dos sesiones el anillo de oro de uno de vosotros me impidió acercarme. Encendisteis incienso en vez de alcanfor, de ámbar o de sándalo blanco. Hoy es lunes, día dedicado a la luna, a los muertos. La muerte tiene su aposento entre los dos ojos, en la raíz de la (pero nada me está permitido revelar). El dueño del anillo de oro hoy no vino. Un tapiz de seda amarilla bordada con hilos de plata cubre la mesa tripoidea. Por fin comprendisteis que no soy un alma libre o errante sino un alma cautiva. Me invocabais por Elohim, ahora me llamasteis por Hermes Trimegisto. Y aquí estoy, cadáver astral todavía revestido de mis pasiones. Mi cuerpo de carne hace mucho tiempo que se disolvió en el polvo, pero en los espacios siderales todavía deambula este otro cuerpo, larva invisible en la que mi alma yace prisionera, consumiéndose en la luz ódica hasta que la segunda muerte (pero nada me está permitido

revelar). Ahora puedo deciros quién fui, quién soy. Soy Juan Calvino, aquel que en Ginebra, el año 1545, condenó a la hoguera a Sigfrido Cadáel porque en un libro afirmaba, falsamente, que es posible evocar los espíritus de los muertos y hacerlos hablar.

EL ORIGEN DE LA GUERRA

Un lugar solitario al pie de los muros de Troya. Entran por distintos lados MENELAO y ELENA.

-¡Detente!

-¿Quién eres?

-¿No me reconoces?

-No. Y quítate del paso. Me aguardan mis camaradas. El combate se ha reanudado alrededor del cadáver de Patroclo.

-Soy Elena, tu mujer. Ahora me llaman Elena de Troya.

-Troya, Troya. Hace diez años que la sitiamos.

-Porque hace diez años Paris me raptó y me trajo aquí. ¿No recuerdas?

-Pero hoy tomaremos la ciudad.

-Te diré, jamás me acosté con Paris. Con otros puede ser. Pero jamás con Paris. Estoy pura ante tus ojos

-¿Oyes? Ese que gritó es Aquiles. La muerte de Patroclo le sacudió la modorra. ¡Y yo aquí perdiendo el tiempo!

-La familia de Paris no desperdiciaba oportunidad para humillarme. La madre nunca me dirigió la palabra. Y las hermanas para qué contarte. Odiosas como todas las cuñadas.

-Nuestras fuerzas se han concentrado en un punto estratégico. La tierra se estremece bajo los carros lanzados a la carrera. El bosque de lanzas hace oscurecer la luz del sol alrededor de las murallas. ¡Sublime espectáculo!

-El único amable conmigo ha sido Héctor.

-¿Héctor? Ese es otro que tiene las horas contadas. Mató a Patroclo y Aquiles se la juró.

-Pero yo me di mi lugar. Cuando comenzó el sitio de Troya me encerraron en mi dormitorio. Ahora, aprovechando la confusión, pude escapar.

-Nadie escapará. Troya está irremisiblemente perdida. Tenemos veinte mil soldados, trescientos carros de asalto y, por si fuera poco, tenemos el caballo de Troya.

-Pude escapar y aquí estoy. Ya no necesitas seguir combatiendo.

-¿Qué dice esta insensata? Debemos vengar la muerte de Patroclo.

-Qué te importa Patroclo. Es asunto de Aquiles. La guerra se hace por mí. ¿No te acuerdas? Paris me raptó y entonces tú...

-¿Yo? ¿Qué tiene que ver conmigo toda esa historia de Paris y de tu rapto?

-Cómo, qué tiene que ver. Soy Elena.

-¿O te enviaron los troyanos para que me distraigas con tu cháchara?

-¡Soy tu esposa!

-Basta de cacareos. Debo ir a combatir.

-Combates para rescatarme. Y aquí me tienes. Se terminó la guerra.

-Esta mujer se ha vuelto loca. Miren si una guerra que ya dura diez años la vamos a hacer por una muñequita como tú.

-Y entonces. ¿Por qué la hacen, puedes decirme?

-¿Por qué? Ya no me acuerdo. Tampoco interesa. Una vez comenzada, la guerra se justifica por sí misma. No hay que buscarle excusas.

-Pues bien, te lo diré yo. Cuando Paris me raptó...

-Y dale con Paris. Paris está muerto.

-¿Muerto? Vaya, y era hermoso ese babieca. ¡Paris está muerto pero yo estoy viva!

-Suéltame.

-No te soltaré. No dejaré que te maten como a Patroclo.

-¡Suéltame, te digo! Mis camaradas me esperan.

-Yo te esperé diez años.

-¿Quieres convertirme en un desertor?

-¿Y tú a mí en una pobre viuda?

-¡Apártate!

-¡Abrázame, Menelao!

-¡Déjame pasar!

-¡Bésame!

Los dos gritan y forcejean rabiosamente. Hasta que él la mata de un lanzazo. ELENA cae con una gran mímica teatral. MENELAO salta por encima del cuerpo de ELENA y, antes de salir, se detiene, mira el cadáver.

-Me parece haber visto esa cara, alguna vez, hace ya mucho tiempo. Pero ya no recuerdo. ¿Elena? ¿Quién podrá ser esta Elena? Quizás alguna espía troyana. Por algo se llamaba Elena de Troya. Hice bien en matarla.

Se va blandiendo la lanza. Y en tanto el ruido de las armas crece, en tanto el cielo arde con el fuego de los incendios y las murallas vacilan y las torres se hunden, ELENA duerme plácidamente boca arriba.

FATALIDAD DE LA HISTORIA

Durante años el capitán Santos Pérez esperó a Facundo Quiroga (cuando Quiroga era todavía un joven arrebatado) en Barranca Yaco. Pero Quiroga se cuidaba de pasar por allí. Entre tanto se convirtió en un general siempre victorioso. Gloria y poder lo envalentonaron. Terminó por creer que Barranca Yaco no existía, que era una superstición, un mito creado por antiguos terrores juveniles ya vencidos. Desde entonces anduvo despreocupadamente por todas partes. Contaba cuarenta y dos años cuando pasó por Barranca Yaco donde seguía esperándolo el capitán Santos Pérez con su partida de asesinos.

SOBRE LOS CELOS

Desdémona se hace la ofendida, llora, patalea, pero no le pregunta a Otelo por qué está celoso. Se me dirá que para permitirle a Shakespeare los cinco actos de una tragedia. No voy a examinar un argumento tan pueril. La razón de la extraña conducta de Desdémona es otra. Se siente halagada por los celos de su marido y de algún modo se los estimula. Sabiéndose inocente, está segura de que no le ocurrirá nada malo. Toda mujer, aún la más fiel, aspira a excitar los celos del hombre que la ama: esa es, la señal de su propio valor. El hombre, pues, debe mostrarse discretamente celoso, pero sin caer en la trampa en la que cayó Otelo.

VERÍDICA CRÓNICA DE JUANA LA LOCA Y DE FELIPE EL HERMOSO

Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, había heredado de su abuela materna doña Isabel de Portugal el arrebato fantasioso y la ensoñación lunática, y de su otra abuela, doña Juana Enríquez, cuyo nombre de pila llevaba, la terquedad de mula. De ambas vertientes de la sangre vino a resultar una doncella tan empecinada en sus imaginaciones que no había forma de quebrantárselas.

Cuando cumplió los quince años sus padres decidieron casarla, porque el primogénito, el infante don Juan, era muy distraído de salud y en cuanto se descuidara podía cometer el traspié de morirse, de modo que había que apercibir a doña Juana para futura reina. Pero una reina siempre en la luna de los sueños de qué le serviría a Castilla, de qué a Aragón y a los trescientos señoríos sufragáneos sin contar las Indias Occidentales a punto de ser descubiertas por el genovés. Se confió en que el matrimonio y la maternidad la harían bajar a tierra. Y si aún así persistía en sus fantasiosidades iba a necesitar un marido que lidiase él solo con el león de la guerra, con el lobo del gobierno y con el zorro de la política.

Correos secretos fueron despachados a todos los reinos de la civilización portando mensajes que mezclaban el ofrecimiento de la mano de doña Juana, la garantía de que el infante don Juan no tenía para mucho y un inventario fabuloso de las Indias Occidentales. Los candidatos proliferaron. Los protocolos, las etiquetas y costumbres de entonces querían que cada candidato enviase, junto con la petición de mano, su retrato pintado del natural, que los Reyes Católicos, asistidos por inquisidores de Segovia, por sabios de Salamanca y por nigromantes de Toledo, examinaron uno por uno en una cámara del castillo de Valladolid, a escondidas de doña Juana para que la ilusa no se dejase engañar por alguna pintura de embeleco y después quién la desengañaría.

Varios postulantes fueron rechazados sin miramientos: un vástago del rey Tudor porque aunque lo habían pintado con bigotes se notaba que era un niño de no más de siete años; el nieto del duque de Borgoña porque su figura adolecía de penurias de masculinidad, dato confirmado por el embajador aragonés ante la corte de Capeto; cierto príncipe de Calabria y de las Islas Eolias, un joven muy guapo y muy simpático, porque junto con el cuadro llegó un aviso de que se trataba de un impostor napolitano; un duque de Iliria y otro de Transilvania porque eran dos viejos ya retirados del servicio del amor, el zarevich de Rusia porque en aquel bárbaro país todavía no prosperaba el arte pictórico y lo que se vio en el retrato espantó a todos, y el conde palatino de Magdeburgo porque cuando se lo escrutó a medianoche y a la luz de una antorcha, que es como un retrato revela el alma del retratado, se advirtió que ese teutón no creía en la virginidad de María.

Finalmente llegó en un gran marco dorado y labrado la efigie de Felipe, hijo del emperador Maximiliano de Austria y rey él mismo de los Países Bajos. La claridad del día

Librodot

lo descubrió muy apuesto y de virilidad testaruda. Indagado a medianoche al resplandor de la antorcha, le averiguaron prendas de espíritu que lo sindicaban como un marido ideal para doña Juana: abundaba en valor, en prudencia y en frialdad de ánimo, ignoraba la lujuria y la glotonería, era modesto, sensato y poco amigo de acicalarse, y rehusaba todo género de devaneos mentales. El único defecto que confesó fue cierto gusto por la zafadurías de vocabulario y quizá un poco de brutalidad escueta para el amor, pero no eran vicios graves. En compensación, rebosaba de fe cristiana. Los Reyes Católicos ahí mismo dieron por concluido el desfile de candidaturas.

A la mañana siguiente el retrato, velado con un terciopelo carmesí, fue conducido por dos pajes hasta la presencia de doña Juana. Lo precedía una tropa de camareras de palacio y lo seguía un cortejo de músicos vihuelistas. Detrás venían los nigromantes, luego los sabios y después los inquisidores. Cerraban la marcha los reyes entre dos maceros. Cuando quitaron el paño y la estampa de Felipe apareció en sus trazos graciosos y en sus tintes encendidos, doña Juana miró e incontinenti se desvaneció, prendada de golpe y para siempre de la hermosa figuración. Una hora le perduró el desmayo, que ella ocupó en soñarse unos amores fogosos con aquel mancebo. Al recobrar el sentido ya estaba tan extraviada en sus quimeras que nunca más saldría. Un mes más tarde se celebraron las bodas.

Felipe no era ni la mitad de hermoso de como lo declaraba el óleo, y tenía el alma usurpada por la crueldad y el orgullo. Añadía costumbres disolutas y una indiferencia religiosa fronteriza de la apostasía. Sus súbditos lo apodaban Felipe el Diablo, mote que jamás pronunciaron en voz alta ni baja por temor de que los mandara callar la horca. Si hoy estas tardías páginas traen a la luz un secreto guardado en el corazón de aquella gente es porque la literatura sabe lo que la Historia ignora.

Las disidencias entre Felipe el Diablo y el Felipe del retrato piden una explicación. Autor de la engañifa o más bien su servil ejecutor fue Jan van Horne, de Heinault, que cuando joven había aprendido en Italia, en el taller florentino de micer Paolo Ludovisi, el arte de la pintura fraudulenta, habilidad que a su regreso a Flandes le valió fama y dinero, porque en sus retratos los viejos se rejuvenecían, los feos y deformes se hermoseaban y los tontos parecían inteligentes; los canallas, santos, y los perversos, ángeles.

Pero cuando Felipe le contrató los pinceles para el cuadro que enviaría a España y le previno que de su talento dependían dos cosas, el matrimonio del retratado y la cabeza del retratista, Jan van Horne se espantó. Es que ni el venerable micer Paolo, que una vez había hecho el retrato de un feroz ajusticiado y lo había vendido con el título de "Adonis muerto por el jabalí", habría sido capaz de sobreponerse al aire crapuloso que difundía Felipe. Para salir del paso recurrió a una estratagema. Durante todo el tiempo que le llevó la fabricación del engaño miraba con un ojo aquella cara de perversidad irrebatible y le corregía las medidas y las proporciones, mientras con el otro ojo miraba la cara de un soldado que montaba guardia a la puerta del aposento, y fue gracias a ese estrabismo que el retrato de Felipe saldría airoso, en Valladolid, de la prueba de la antorcha.

Los Reyes Católicos no demoraron en advertir la estafa, pero ya era tarde para cualquier enmienda. Encima se les murió el primogénito. Enemistad y discordia hubo entre suegros y yerno, y se dice que los disgustos urgieron el acabamiento de la reina, quien aún finada tenía una expresión de contrariedad, y le aconsejaron al rey renegar de la viudez y casarse con Germana de Foix en procura de un heredero que le disputase al flamenco el doble trono, pero la edad le estropeó esos planes.

En cambio doña Juana nunca se dio cuenta de la superchería. El día en que conoció a Felipe lo vio tal como lo había visto en la tela patrañosa de Jan van Horne, y así bello y de alma cristalina siguió viéndolo por todo el resto de su vida, siempre joven, con la misma sonrisa seráfica y la misma barba rubia cuidada, tan hermoso de carnes y tan angélico de

alma que el amor que sentía por él, lejos de amenguarse, crecía como la mar océano y le poblaba las orejas de unos pulsos de fiebre. La más tímida insinuación de que su marido divergía ligeramente de la pintura la atribuía ella a la envidia y a los celos y le provocaba accesos de cólera con lágrimas y temblores como de tercianas. Ni sus padres consiguieron deslunarla, menos aún los cortesanos. Y entre tanto Felipe la tenía todo el tiempo hinchada con un embarazo tras otro mientras él se dilapidaba en juergas adúlteras.

Cuando, muertos sus progenitores, doña Juana subió al trono, lo primero que hizo fue mandar que a su marido lo llamasen Felipe el Hermoso, bajo pena de cortarle la lengua y la mano derecha a quien desobedeciese. Consagrada a los embarazos, puso todas las llaves y ganzúas del gobierno en manos de su consorte, quien consumó unas diabluras tan vehementes que en pocos años la prosperidad del reino quedó aniquilada. Las Indias Occidentales se salvaron gracias a que estaban ubicadas al otro lado de los abismos ptolomeicos.

En vano diputaciones de nobles y de obispos visitaban a doña Juana en el castillo de Valladolid, donde Felipe la mantenía reclusa con el pretexto de que el sol es malo para la maternidad, y le pedían de rodillas que intercediera ante el rey para que cesase en los pillajes, las matanzas, los sacrilegios y violación de doncellas. Doña Juana, entre parto y parto, les contestaba que esas eran calumnias. Mostrándoles el retrato fraguado por Jan van Horne, del cual no se separaba ni en el lecho, gritaba con ímpetu demente que un rey con aquel rostro de arcángel no podía ser el diablo que ellos decían porque eran todos unos traidores.

Saqueado por los desórdenes, murió Felipe a los veintiocho años de edad. Testigos dignos de crédito aseguran que aparentaba el doble. Todavía cincuenta años más tarde lo sobrevivió la reina, aunque no hubo forma de que contrajese la viudez. Al menor intento de que vistiera de luto refutaba que su marido no había muerto, y señalaba con el índice el retrato. Un día la encontraron difunta en el lecho frío, abrazada al óleo donde Felipe el Diablo era Felipe el Hermoso.

CAINISMO

Lo más terrible para Caín es no saber por qué Dios rechaza sus ofrendas y acepta las de Abel. No adivinar qué le dice cuando lo amonesta rudamente: "Si obraras bien, andarías erguido, mientras que si no obras bien estará el pecado a tu puerta", ni qué le insinúa cuando añade: "Cesa, que tu hermano siente apego por ti y tú debes dominar a tu hermano". Por

más que se esfuerce, Caín no comprende. Pero trata de complacer a Dios. Busca, cambiando todos los días de conducta, aparentar que ha descifrado los mensajes de Dios. Sin embargo Dios siempre se le muestra mohíno y siempre es porque Abel anda de por medio. Ese Dios sibilino convierte a Caín en un hombre desesperado. Finalmente apela a un último recurso. Ama a Abel pero más ama a Dios, y entre Abel y Dios la elección no es dudosa. Elimina, pues, a ese tercero en discordia. Y se sienta a esperar que Dios hable claro.

DULCINEA DEL TOBOSO

Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Francisca Nogales. Como hubiese leído novelas de caballería, porque era muy alfabeta, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen y le besaran la mano, se creía joven y hermosa pero tenía treinta años y pozos de viruelas en la cara. Se inventó un galán a quien dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de lances y aventuras, al modo de Amadís de Gaula y de Tirante el Blanco, para hacer méritos antes de casarse con ella. Se pasaba todo el día asomada a la ventana aguardando el regreso de su enamorado. Un hidalgo de los alrededores, un tal Alonso Quijano, que a pesar de las viruelas estaba prendado de Aldonza, ideó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en su rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario don Quijote. Cuando, confiando en su ardid, fue al Toboso y se presentó delante de Dulcinea, Aldonza Lorenzo había muerto.

GRANDEZAS DE LA BUROCRACIA

Cuentan que Abderrahmán decidió fundar la ciudad más hermosa del mundo, para lo cual mandó llamar a una multitud de ingenieros, de arquitectos y de artistas a cuya cabeza estaba Kamaru-l-Akmar, el primero y el más sabio de los ingenieros árabes.

Kamaru-l-Akmar prometió que en un año la ciudad estaría edificada, con sus alcázares, sus mezquitas y jardines más bellos que los de Lusa y Ecbatana y aún que los de Bagdad. Pero solicitó al califa que le permitiera construirla con entera libertad y fantasía y según sus propias ideas, y que no se dignase a verla sino una vez que estuviese concluida.

Abderrahmán, sonriendo, accedió.

Al cabo del primer año Kamaru-l-Akmar pidió otro año de prórroga, que el califa gustosamente le concedió. Esto se repitió varias veces. Así transcurrieron no menos de diez años. Hasta que Abderrahmán, encolerizado, decidió ir a investigar. Cuando llegó, una sonrisa le borró el ceño adusto.

-¡Es la más hermosa ciudad que han contemplado ojos mortales! -Le dijo a Kamaru-l-Akmar-. ¿Por qué no me avisaste que estaba construida?

Kamaru-l-Akmar inclinó la frente y no se atrevió a confesar al califa que lo que estaba viendo eran los palacios y jardines que los ingenieros, arquitectos y demás artistas habían levantado para sí mismos mientras estudiaban los planos de la futura ciudad.

Así fue construida Zahara, a orillas del Guadalquivir.

SILENCIO DE SIRENAS

Cuando las Sirenas vieron pasar el barco de Ulises y advirtieron que aquellos hombres se habían tapado las orejas para no oírlas cantar (¡a ellas, las mujeres más hermosas y seductoras!) sonrieron desdeñosamente y se dijeron: ¿Qué clase de hombres son éstos que se resisten voluntariamente a las Sirenas? Permanecieron, pues, calladas, y los dejaron ir en medio de un silencio que era el peor de los insultos.

SENTENCIAS DEL JUEZ DE LOS INFIERNOS, I

Contaba el maestro Lu-Chang: Delante de Yen Wanzi, juez de los infiernos, compareció el alma de Shou, heraldo de Tso-Kuan-tou, señor de Loyang. El juez le dijo:

-En lugar de llevar un mensaje a la ciudad de Changan lo llevaste a la ciudad de Shensi, y ese error significó la muerte de miles de soldados.

-El camino hasta Changan es largo -se defendió Shou-, me venció el cansancio y fue así como equivoqué el destino del mensaje.

-Otro día entregaste, en una casa donde se celebraba una boda, una carta orlada de luto, y las bodas debieron ser deshechas.

-Tenía mucho sueño -se defendió el heraldo- y por eso equivoqué los destinatarios.

-Otra vez llevaste antes de tiempo una sentencia de muerte, y hubo que condenar a toda prisa a un inocente.

-Estaba tan hambriento -se defendió Shou- que confundí las fechas.

El juez Yen Wanzi perdonó el alma de Shou y la destinó a la Torre de las Delicias. Años más tarde compareció el alma de Tso-Kuan--tou, señor de Loyang y amo de Shou. Sin

someterla a ningún interrogatorio, el juez Yen Wanzi la envió a la Torre de los Tormentos.

-¿Qué juez es éste? -Protestó airadamente el alma de Tso-Kuang-tou-. A Shou, mi heraldo, lo absolviste ¿Y a mí me condenas?

-Tu deber fue hablar por tu propia boca, y no a través de un heraldo fatigado, hambriento y loco de sueño.

SENTENCIAS DEL JUEZ DE LOS INFIERNOS, II

Contaba el maestro Lu-Chang: Delante de Yen Wanzi, juez de los muertos, comparecieron el alma de una cortesana y el alma de una mujer que se creía virtuosa.

Yen Wanzi pronunció su fallo:

-Tú -le dijo al alma de la cortesana- vete a la Torre de las Delicias. Y tú -le dijo al alma de la mujer que se creía virtuosa- irás a la Torre de los Tormentos.

-Esto sí que está bueno -se encolerizó el alma de la mujer virtuosa-. ¿Qué clase de juez eres? ¿A una ramera, que se pasó la vida vendiendo su cuerpo, la destinas a la Torre de las Delicias? ¿Y a mí, que nunca cometí pecado, me envías a la Torre de los Tormentos?

-Con tu lengua de víbora -le replicó el juez Yen Wanzi- sembraste la discordia en tu familia. Por tu culpa se anularon matrimonios, fenecieron amistades, gente que se amaba se detestó. A causa de tus chismes muchos hombres se vieron obligados a rasurarse la cabeza y a hacerse bonzos. Más te hubiera valido ser como esta cortesana, que jamás ocasionó mal a nadie. En la Torre de los Tormentos aprenderás que es preferible hacer el bien que evitar el pecado.

FRECUENTACIÓN DE LA MUERTE

María Estuardo fue condenada a la decapitación el 25 de octubre de 1586, pero la sentencia no se cumplió hasta el 8 de febrero del año siguiente. Esa demora (sobre cuyas razones los historiadores todavía no se han puesto de acuerdo) significó para la infeliz reina un auxilio providencial. Dispuso de ciento cinco días y de ciento cinco noches para imaginar la atroz ceremonia. La imaginó en todos sus detalles, en sus pormenores más ínfimos. Ciento cinco veces salió una mañana de su habitación, atravesó las heladas galerías

del castillo de Fotheringhay, llegó al vasto hall central. Ciento cinco veces subió al cadalso, ciento cinco veces el verdugo se arrodilló y le pidió perdón, ciento cinco veces ella le respondió que lo perdonaba y que la muerte pondría fin a sus padecimientos. Ciento cinco veces oró, apoyó la cabeza en el tajo, sintió en la nuca el golpe del hacha. Ciento cinco veces abrió los ojos y estaba viva. Cuando la mañana del 8 de febrero de 1587 el sheriff la condujo hasta el patíbulo, María Estuardo creyó que estaba soñando una vez más la escena de la ejecución. Subió serena al cadalso, perdonó con voz firme al verdugo, oró sin angustia, apoyó sobre el tajo un cuello impasible y murió creyendo que enseguida despertaría de esa pesadilla para volver a soñarla al día siguiente. Isabel, enterada de la admirable conducta de su rival en el momento de la decapitación, se pilló una rabieta.

HONESTIDAD SEXUAL DE LAS MUJERES DESHONESTAS

Las mujeres de Tracia, célebres por su desenfreno, se sintieron rabiosas porque Orfeo, ya viudo de Eurídice, las trataba con indiferencia. Entonces lo acusaron de ser afecto al vicio griego y después, para castigarlo por ese vicio, lo lapidaron.

LA TRAGEDIA DEL DOCTOR FAUSTO

En casa de FAUSTO, una noche. FAUSTO, agobiado por los achaques, lee a la luz de una vela. Llaman a la puerta.

-Adelante.

Entra MEFISTÓFELES con un portafolio. FAUSTO se pone trabajosamente de pie. El recién llegado le dice:

-Ya habrás adivinado quién soy. ¿O necesito presentarme?

-No. Sentaos.

Se sientan frente a frente. MEFISTÓFELES habla con toda familiaridad.

-Conozco la causa de tus tribulaciones. Eres viejo, te gustaría ser joven. Eres aborrecible, quisieras ser hermoso. Amas a Margarita, Margarita no te ama. Miserias concéntricas y simultáneas que te tienen prisionero sin posibilidad de escapatoria. Eso crees. Pero ponerte en libertad es para mí un juego de niños. La llave de tu cárcel está aquí, en este portafolio. Te propongo un pacto, cuyo precio es...

-Ya lo sé. Mi alma.

-A cambio de un cuerpo joven, fuerte y atractivo.

-Pero mi alma no es calderilla, señor. Exijo un cuerpo bien proporcionado, musculoso sin exceso, piernas largas, cuello robusto, nuca corta. La fisonomía, de facciones regulares. Un leve estrabismo no me vendría mal. He notado que da cierta fijeza maligna a la mirada y enloquece a las mujeres. En cuanto a la voz...

-En cuanto a la voz, un cuerno. Yo no fabrico hombres. Esa es la labor del Otro. Lo único que puedo es extraerte el alma de tu carne vieja y débil e introducirla en la carne de otro ser vivo. ¿Comprendiste? Un trueque. El alma del doctor Fausto en el cuerpo de un joven y el alma de ese joven en el cuerpo del doctor Fausto. Pero a ese joven debes elegirlo, como quien dice, en el mercado.

-¿Qué me proponéis? ¿Que recorra el mundo en su busca? ¿O tendré que hacerlos desfilar por mi cuarto, uno por uno, a todos esos buenos mozos, hasta que los vecinos murmuren y me denuncien a la policía?

-No te pongas insolente. Aquí traje un álbum con los retratos de los hombres más apuestos de que dispone la plaza.

Extrae del portafolio un álbum y se lo muestra a FAUSTO, quien vuelve lentamente las páginas. De pronto señala con el índice.

-Este.

-Tienes buen ojo. Perfectamente. Firmemos el pacto.

-Un momento. ¿Me garantizáis la vida de este hombre?

-Nadie está libre del veneno, del puñal, de morir bajo las ruedas de un carruaje o aplastado por una piedra desprendida de alguna vieja catedral.

-No me refiero a eso. Me refiero al corazón, los pulmones, el estómago y todo lo demás. Ese joven semeja un Hércules, pero podría sufrir de alguna enfermedad mortal, y sea un lindo cadáver a corto plazo lo que estéis ofreciéndome.

-Y luego dicen que los sabios son malos negociantes. Quédate tranquilo. El material es de primera calidad. Se trata de un atleta que se exhibe en las quermeses. Levanta esferas de hierro de cien libras cada una. Tuerce el eje de una carreta como si fuese de

latón. Come por diez, bebe por veinte y jamás ha tenido indigestiones. ¿No oíste hablar de él, de Grobiano?

-Hace años que no salgo de casa. Estoy dedicado a la lectura.

-Los maridos les tienen prohibido a sus mujeres asistir a las exhibiciones de este joven. Se afirma que las deja embarazadas con sólo mirarlas. Recuerdo haberlo visto en la feria de Wolfstein. Cuando apareció, vestido con una malla muy ajustada, hasta los hombres bajaron los ojos. Una muchacha, enloquecida, empezó a aullar obscenidades.

-¡Basta! No sigáis. Firmemos el pacto.

Firman el pacto mientas resuenan a lo lejos las doce campanadas de la medianoche. MEFISTÓFELES hace castañetear los dedos. Truenos, relámpagos. Una nube de azufre oscurece la escena. Cuando la nube se disipa, MEFISTÓFELES ha desaparecido y FAUSTO es un joven alto, de físico estupendo, que yace tendido en el suelo. Al cabo de unos instantes despierta, se pone de pie, se palpa el cuerpo, corre a mirarse en un espejo, ríe con risa brutal, hablará con una voz poderosa.

-El bribón no me engañó. Soy hermoso, soy joven, soy fuerte. Siento correr la sangre por

las venas. ¡Y qué musculatura! En este mismo momento el otro, el tal Grobiano, enloquecerá de desesperación. Quizás el cambio lo haya sorprendido en plena función. ¡La cara de los espectadores! Tengo hambre, tengo sed. Mi cuerpo hierve de todos los deseos. Iré a casa de Margarita. Esa es otra que, cuando me vea, se llevará una linda sorpresa. No le daré tiempo a que me pregunte nada. Me arrojaré sobre ella y la poseeré, la violaré salvajemente.

Se dirige hacia la puerta. Al pasar delante de los anaqueles colmados de libros se detiene. Los mira, toma uno, lo hojea, lo coloca en su sitio, se encamina hacia la salida, vuelve sobre sus pasos, coge otro libro, da vuelta las páginas, lee, con el libro entre las manos va hacia la mesa.

-Debo ir a visitar a Margarita.

Pero se sienta y lee el libro. El libro es voluminoso, polvoriento, ajado. Es un libro infinito entre cuyas páginas FAUSTO va hundiendo la nariz, la frente, la cabeza, va encorvándose, achicharrándose, arrugándose. Al cabo de un rato FAUSTO es otra vez el viejo del comienzo.

Se oye una remota campanada. Llaman a la puerta.

-Adelante.

Reaparece MEFISTÓFELES con guantes, galera y bastón. FAUSTO intenta incorporarse pero no puede. Gime con voz cascada:

-Es usted. Me ha engañado como a un niño. Míreme. ¿Dónde están la juventud, la fuerza y la apostura que me prometió? ¿Es así como cumple con sus compromisos? Usted, señor, no tiene palabra.

MEFISTÓFELES se sienta, se quita parsimoniosamente los guantes, enciende un cigarrillo con petulancia.

-Poco a poco, doctor Fausto. ¿Era o no era un magnífico cuerpo de atleta el que encontraste al despertar?

-Me duró menos de una hora.

-Y sigues leyendo, sigues acumulando datos. Demasiada memoria, doctor Fausto. Vuelves viejo todo cuanto tocas.

-¿Qué debía hacer, según usted?

-Acabo de ver a Grobiano. Le bastaron unos pocos minutos para volver a ser el espléndido joven que hechiza a las mujeres. Eso sí, ni una idea, ni buena ni mala, debajo de aquella frente. Ningún intelectualismo. Un hermoso animal. La vejez, amigo mío, es el precio de la inteligencia.

-Vendí mi alma a cambio de esa moraleja cínica.

-Y ahora llegó el momento de que me acompañes.

-¿Tan pronto?

-Es la hora. Has acabado con ese cuerpo inundándolo del dolor de la ciencia, de la bilis de la memoria, de la mala sangre del conocimiento. Te espero afuera.

MEFISTÓFELES sale. FAUSTO se pasa la mano por los ojos. Parece tan viejo como el mundo. Reinicia la lectura. Bruscamente se desploma sobre el libro y la vela se apaga.

PROXENETISMO HISTÓRICO DEL AMOR

La Pompadour, la Dubarry, la Lupescu, Clara Petacci, se valieron de un hombre para ingresar en la Historia. Pero cuando lo pueden hacer por sí mismas, las mujeres se enamoran de bellos machos anónimos quienes, a su vez, se valen de ese recurso para convertirse en personajes históricos.

UNA DESDICHADA

Agamenón murió de un hondazo en la guerra de Troya. Clitemnestra, su viuda, lo lloró como es debido. Después (la vida continúa) se casó con Egisto, todo un caballero. Pero Electra no quiso quitarse el luto y lloraba por los rincones.

En vano Clitemnestra le decía:

-¿Qué te pasa?

Electra gritaba:

-¡Déjame en paz!

A veces, conjeturando que a su hija le hacía falta un novio, Climnestra la aconsejaba:

-Cómprate un vestido nuevo. ¿Por qué no sales con tus amigas? ¿Quieres que dé una fiesta en tu cumpleaños? Electra chillaba:

-¡No voy a ser cómplice de tus iniquidades!

O si Egisto le proponía viajar y distraerse y le daba dinero para los pasajes, vociferaba:

-¡No me sobornes!

A menudo iba a la cocina a murmujear entre las sirvientas. Si alguien le preguntaba qué

hacía allí, respondía con cara de mártir:

-Ya lo ve. Soy un estorbo en esta casa.

No pasó un viajero por el palacio real de Micenas a quien Electra no le llenase la cabeza con la historia de que su madre era una buena pieza y Egisto un canalla. Clitemnestra no podía organizar un banquete sin que su hija, en medio del festín, cruzara los salones descalza, con el pelo suelto y el vestido agujereado, sollozando y gimiendo. Hubo que suspender los banquetes.

El pobre Egisto, cuando por casualidad encontraba a su hijastra en algún pasillo, daba media vuelta y corría en sentido contrario. Electra lo perseguía a los gritos:

-¡Huyes de mí, pero no podrás huir de tu conciencia! Finalmente los habitantes de la Argólida y después todos los griegos creyeron interpretar la conducta de Electra como una acusación contra Climnestra y Egisto, culpables de alguna tramoya en perjuicio de Agamenón. Le llevaron el chisme a Orestes, que vivían en Megara, Orestes se puso hecho una furia, voló a Micenas y estranguló a su madre y a su padrastro. Tiempo después Electra se casó con Pílades, el mejor amigo de Orestes, pero no fue feliz. Echaba de menos los buenos tiempos en que era desgraciada. La Orestíada procede, pues, del error de haberle creído a Electra.

REALISMO FEMENINO

Teresa Panza, la mujer de Sancho Panza, estaba convencida de que su marido era un botarate porque abandonaba hogar y familia para correr locas aventuras en compañía de otro más chiflado que él. Pero cuando a Sancho lo hicieron (en broma, según después se supo) gobernador de Barataria, Teresa Panza infló el buche y exclamó: ¡Honor al mérito!

EL JUICIO DE PARIS DE LA MEMORIA

Paris debió dictaminar quién era la más bella entre Juno, Minerva y Venus. Eligió a Venus porque, en su adolescencia, había visto a Juno y a Minerva, y ahora le parecieron menos hermosas que en el recuerdo que conservaba de ambas.

DOCE VARIACIONES SOBRE DON JUAN TENORIO

1. El libertinaje hace prosélitos: cualquier mujer, si don Juan no se empeña en seducirla, cree que vale menos que las otras.

2. Orígenes del donjuanismo: Tenorio se casó con una de esas mujeres de las que Chamfort dice que, porque no merecen ser abandonadas, son engañadas.

3. El espíritu, cuanto más fino, menos soporta la reiteración: don Juan es un refinado que, vista la incurable monotonía del diálogo amoroso, no tiene otra escapatoria que la de cambiar de interlocutor.

4. La seducción guarda sus secretos: como casi no conoce a las mujeres con las que se acuesta, don Juan les pondera virtudes que ellas no tienen y por las que nadie hasta entonces las había lisonjeado.

5. La verdadera diferencia entre los dos sexos es ésta: don Juan convence a las mujeres de que acostarse con él no complica a los cuerpos sino sólo a las almas. No hay una que se le resista.

6. Doña Ana cae en brazos de don Juan porque descubre que él es el único hombre cuyo amor no se mezcla con ningún otro interés. Por lo contrario, prescinde de todos ellos. Lo que doña Ana no comprende es que un amor así dura una sola noche.

7. Intimidades del machismo: don Juan soporta a las mujeres en los efímeros y espléndidos momentos del amor físico. Antes y después no las aguanta.

8. Las perspectivas masculina y femenina no coinciden: don Juan cree que puede seducir a doña Inés porque él es don Juan Tenorio, doña Inés cree que él es don Juan Tenorio porque la seduce a ella y que de lo contrario no sería nadie.

9. A todas las amantes de don Juan las halaga tener antecesoras en el lecho, pero ninguna soporta tener sucesoras.

10. La convivencia es enemiga del donjuanismo: apenas amanece y la mujer empieza a decir con el ceño fruncido y la mirada pensativa "déjame ver qué es lo que más me gusta de ti", don Juan huye por la ventana.

11. A la hora de lidiar con los acreedores, la mujer comprueba que Leporello es más astuto, más inteligente, más audaz que su amo. Eso siempre rebaja el concepto que ella se había hecho de don Juan.

12. El doctor Marañón se equivoca: don Juan no tiene nada de feminoide, pues la esencia de la femineidad, en el amor, es el logro y el mantenimiento de un statu quo, del cual don Juan, en cambio, huye como de la peste. Las mujeres no consiguen contagiarle ni siquiera sus prejuicios sociales, porque con ellas sólo comparte el amor sexual y el amor, en la cama, se rige por la naturaleza. La aparente falta de masculinidad de don Juan proviene de que no frecuenta el trato con los hombres y no ha asimilado sus formas gregarias de hablar y de vestirse. Un hombre así, por viril que sea, siempre despierta la suspicacia de los demás hombres y de las mujeres casadas, hechas a un patrón de lo masculino. Las solteras, por el contrario, lo encuentran muy atractivo.

Librodot

NO HAY QUE COMPLICAR LA FELICIDAD

Un parque. Sentados bajo los árboles, ELLA Y ÉL se besan.

-ÉL: Te amo.

-ELLA: Te amo.

Vuelven a besarse.

-ÉL: Te amo.

-ELLA: Te amo.

Vuelven a besarse.

-ÉL: Te amo.

-ELLA: Te amo.

Él se pone violentamente de pie.

-ÉL: ¡Basta! ¿Siempre lo mismo? ¿Por qué, cuando te digo que te amo, no contestas que amas a otro?

-ELLA: ¿A qué otro?

-ÉL: A nadie. Pero lo dices para que yo tenga celos. Los celos alimentan el amor. Despojado de ese estímulo, el amor languidece. Nuestra felicidad es demasiado simple, demasiado monótona. Hay que complicarla un poco. ¿Comprendes?

-ELLA: No quería confesártelo porque pensé que sufrirías. Pero lo has adivinado.

-ÉL: ¿Qué es lo que adiviné?

ELLA se levanta, se aleja unos pasos.

-ELLA: Que amo a otro.

-ÉL: Lo dices para complacerme. Porque yo te lo pedí.

-ELLA: No. Amo a otro.

-ÉL: ¿A qué otro?

-ELLA: No lo conoces.

Un silencio. Él tiene una expresión sombría.

-ÉL: Entonces ¿Es verdad?

-ELLA: (DULCEMENTE) Sí. Es verdad.

EL se pasea haciendo ademanes de furor.

-EL: Siento celos. No finjo, créeme. Siento celos. Quiero matar a ese otro.

-ELLA: (DULCEMENTE) Está allí.

-ÉL: ¿Dónde?

-ELLA: Allí, detrás de aquellos árboles.

-ÉL: ¿Qué hace?

-ELLA: Nos espía. También él es celoso.

-ÉL: Iré en su busca.

-ELLA: Cuidado. Quiere matarte.

-ÉL: No le tengo miedo.

ÉL desaparece entre los árboles. Al quedar sola, ELLA ríe.

-ELLA: ¡Qué niños son los hombres! Para ellos, hasta el amor es un juego.

Se oye el disparo de un revólver ELLA deja de reír.

-ELLA: Juan.

Silencio.

-ELLA: (MÁS ALTO) Juan.

Silencio.

-ELLA: (GRITA) ¡Juan!

Silencio.

ELLA corre y desaparece entre los árboles. Al cabo de unos instantes se oye el grito desgarrador de ELLA.

-ELLA: ¡Juan!

Silencio. Después desciende el telón.

EL MENSAJERO MENDAZ

Un jinete llegó a las puertas del palacio de la emperatriz Sui-Ko. Sin apearse del caballo laqueado por el sudor, entregó a los centinelas un mensaje: el príncipe Yasumotu, hijo de la emperatriz, libraba en los confines de las islas una batalla de resultado dudoso y para disipar esa duda pedía urgentes socorros. Pero el mensaje estaba redactado en un estilo negligente, no observaba las fórmulas del ceremonial, olvidaba darle a Sui-Ko sus sesenta y siete nombres públicos y en cambio la llamaba por su único nombre secreto. Hubo que rehacerlo todo, palabra por palabra. Cuando la tarea terminó, el príncipe Yasumotu estaba de regreso, victorioso. La emperatriz ordenó que el mensajero fuera decapitado por difundir falsas noticias.

PERSONAJES EQUIVOCADOS

¡Infeliz Ginebra! La virtud de los maridos, la cortesía, la tiene Lanzarote. Y el defecto de los amantes, la brutalidad, lo tiene Artús.

LA MUJER IDEAL NO EXISTE

Sancho Panza repitió, palabra por palabra, la descripción que el difunto don Quijote le había hecho de Dulcinea. Verde de envidia, Dulcinea masculló:

-Conozco a todas las mujeres del Toboso. Y le puedo asegurar que no hay ninguna que se parezca ni remotamente a esa que usted dice.

CÓMO PERDER AL MARIDO

Para que Jasón no la abandonase, Medea andaba cargada de amuletos, preparaba filtros mágicos, suplicaba, invocaba, maldecía, lanzaba anatemas, modelaba figuritas de cera y les clavaba alfileres, organizaba ritos de maleficio, toda clase de hechicerías, obligaba a su marido a beber pociones contra la infidelidad. Jasón se le escapó tras una muchacha, Glaucea, sólo porque Glaucea, cuando él (tanto como para pasar el rato) le propuso acostarse juntos, contestó: "Con una condición. Que después no nos veamos más".

LAS INSACIABLES MADRES DE LOS NEURÓTICOS HIJOS EN LAS PODRIDAS DINAMARCAS

Después de una agotadora noche de amor, Gertrudis le exigió a Claudio una nueva prueba de amor. Claudio no era ningún atleta sexual. Desesperado, salió y mató al marido de Gertrudis y padre de Hamlet.

VARIACIÓN SOBRE LÁZARO

Los comentaristas se equivocan. Según ellos, el Cristo, cuando le devolvió a Lázaro la vida, le devolvió también la posibilidad de volver a morir. Habría trasladado la muerte de Lázaro desde el pasado donde ya había ocurrido hasta el futuro donde ocurriría por segunda vez. Esa exégesis del milagro está errada. Es torpe, es miserable. Es indigna de Dios. Es indigna de Dios si el muerto resucita para que la daga de un asesino o una indigestión puedan mandar de vuelta al resucitado cinco minutos después que Dios lo hizo salir de la muerte. El milagro queda reducido a una bufonada. El Cristo no se rebajaría a bisar, en la carne del pobre Lázaro, nada más que para probar su divinidad, el recurso de hacernos morir. Veamos. Lázaro yace muerto en el sepulcro. La muerte en el tiempo y en la carne ya

llegó para él. Todos tenemos una muerte carnal y temporal y sólo una. La carne no resucita en el tiempo sino en la consumación del tiempo, en la eternidad. Esa muerte ya fue para Lázaro. Entonces aparece Jesús y después de pedir la aprobación del Padre le ordena a Lázaro: "Ven afuera". Se lo ordena a Lázaro después que Lázaro murió. Palabras terribles, orden espantosa en los labios de Dios y en los oídos de un muerto. Todavía no ha sido bien comprendida. Todavía los hombres no han sabido encontrar la pared donde se rompe el eco de esas palabras. "Lázaro, ven afuera". Significa: "Lázaro, aunque ya has traspuesto la muerte, retorna al tiempo". Significa: "Lázaro, regresa muerto a la carne". Lázaro, pues, salió fuera, dejó atrás en el tiempo a su muerte y volvió a vivir en la carne después de la muerte. Su resurrección fue como la resurrección que será para todos nosotros el Día del Juicio, pero la suya fue en la Historia, no en la Eternidad. El tiempo de Lázaro abarcó un antes y un después de la muerte, y en el después ya no había muerte porque la muerte carnal, la muerte temporal es una sola y no se repite. De modo que ese Lázaro que salió de la tumba, envuelto en el sudario, es un Lázaro inmune a la muerte. Nadie lo comprendió, ni las hermanas, ni los testigos del prodigio, ni siquiera Juan que lo narra en su evangelio. Nadie adivinó las dimensiones pavorosas del milagro. No distinguieron más que su mecánica: Lázaro, que estaba muerto, ahora vivía; su muerte era como un mal sueño del que todos acababan de despertar; era como un castigo remitido, como una enfermedad ya curada o como la corrección de un error. El milagro fue cantado y alabado, y Lázaro se quitó las vendas en medio de las aclamaciones de la multitud, sus hermanas lloraban y reían, sus amigos lo abrazaban, la noticia corrió de aldea en aldea, de ciudad en ciudad. Pero en el milagro patético estaba oculto el milagro atroz. Debajo de esa corteza había una pulpa y nadie le hincó el diente. Nadie, salvo yo. Yo sí he comprendido. He comprendido lo que quizá Lázaro también comprendió. Si tiene un aire alelado, si parece presa del ensimismamiento y de un oscuro pavor no es, como los demás suponen, a causa de los recuerdos de ultratumba o de la certidumbre de que no hay ninguna vida sobrenatural. Esas son especulaciones pequeñas. Y si no habla, si no cuenta qué es lo que vio en el más allá de la muerte se debe a que no hay lenguaje humano que pueda describir el mundo de los muertos. Lo que lo vuelve melancólico, lo que lo espanta es saber que Dios le anticipó la resurrección del Juicio Final y que mientras tanto, a la espera de ese Día, deberá vagar por el tiempo de los vivos. Van muriendo los contemporáneos de Lázaro, mueren las sucesivas generaciones, pero Lázaro, el único resucitado, deambula sobre la tierra. Las gentes lo señalan con el dedo, lo interrogan, lo siguen, lo persiguen. Para escapar de esa curiosidad Lázaro emigra, quienes lo conocieron lo olvidan o lo creen muerto. Pero Lázaro, bajo nombres apócrifos, está en Alejandría o en Roma. Con todo, algunos rumores se propagan, algunos indicios corren de boca en boca, y así nace la leyenda del Judío Errante. El tiempo, que para él fluye sin fin, regala a Lázaro demasiados recuerdos y su memoria, como una hucha repleta, no puede contenerlos a todos, los pierde, los deja caer. Hasta que llega un año, un día, un minuto en que Lázaro olvida que es Lázaro, el de Bethania. Desde entonces Lázaro es cada uno de los Lázaros que recuerdan un segmento, un trozo de la infinita supervivencia. Lázaro todavía está entre nosotros, dónde no lo sé, en Amberes, en Aviñon, en Buenos Aires. Quizá sea un mendigo medio loco, o un librero de viejo, alguno de esos seres extraños, solitarios, miserables, sin familia, sin afectos, perdidos en ciudades petrificadas, encerrados en sórdidas habitaciones, criaturas desagradables y malolientes por las que nadie se interesa, que hoy aparecen y mañana desaparecen sin dejar rastros y a las que ningún ojo espía, impidiendo así la soldadura de los fragmentos y la comprobación del persistente milagro. Acaso yo sea Lázaro. Reúno las condiciones: soy solo, no tengo familia, parezco medio loco, a ratos creo recordar haber vivido en otras épocas, en otros países. Tal vez yo ande ahora por los dos mil años de resurrecto y no conserve otro recuerdo del milagro que esto que tomo por una fantasía y acaso sea el último fruto de mi memoria de Lázaro.

LOS HOMBRES SABIOS

La reina de Saba era la mujer más hermosa y más rica de su tiempo. Visitó a Salomón para proponerle una alianza comercial, pero debajo de ese guante ocultaba las uñas de su verdadero plan; el matrimonio. Un matrimonio, por lo demás, que al hijo de David le venía como anillo al dedo porque las campañas bélicas, la construcción del Templo, de la Casa Real y de las veinte ciudades nuevas que le regaló a Hiram de Tiro y la vida fastuosa que llevaba (sesenta consortes, ochenta concubinas incluidas) habían vaciado sus arcas. Seducido, pues, por la belleza de la reina y por la posibilidad de calafatear sus finanzas, Salomón estaba dispuesto a quebrantar una vez más las prohibiciones de la ley y a casarse con una extranjera. Pero la reina de Saba, una noche, al término de un festín, tuvo la ocurrencia de poner a prueba, con acertijos, con enigmas, con preguntas embarazosas, la sabiduría del rey sabio. Salomón se encontró con una rival que casi estaba a su altura. Debió sudar la gota gorda para salir del paso, pero la reina regresó a Saba sin socio y sin marido.

LA ACIAGA NOCHE 1002

No se oyen más que portazos. El portazo de Teseo después que Ariadna le pregunta: ¿Y? ¿Para cuándo otro minotauro? El portazo de Minos porque Pasifae, aburrida se asoma a la ventana y mira al toro. El portazo de don Juan Tenorio apenas doña Inés quiere saber qué harán para pagar a los acreedores.

EL CUENTO DE INVIERNO EN VERANO

Me habían regalado la entrada, hacía calor, no tenía otra cosa que hacer. Resumiendo: fui a ver *El cuento de invierno,* de Shakespeare, representado al aire libre en los jardines de P.

El espectáculo me resultó plomífero. La obra es una sarta de disparates dignos de la peor novela de caballería catalana. El decorado parecía la pesadilla de un carpintero loco. El vestuario provenía del saqueo, a oscuras y a toda prisa, de una sastrería teatral. Para colmo los actores, como siempre sucede en Shakespeare, convertían todos los parlamentos en sentencias de muerte y decían buenas tardes como si dijesen "la bolsa o la vida".

Pero al comenzar el segundo acto presencié una escena que me despabiló. La reina Hermiona le pide a su hijo Mamilio que le cuente un cuento.

-¿Alegre o triste? -pregunta el mozalbete.

-Alegre -contesta Hermiona.

-No -dice Mamilio, que no sé para qué le dio a elegir. Un cuento triste es mejor para el invierno. Conozco uno de duendes y aparecidos. Había una vez un hombre que vivía cerca de un cementerio.

Me acomodé en la butaca dispuesto a escuchar, en el mejor estado de ánimo, aquella historia. Soy loco por los cuentos de fantasmas. Y viniendo de Shakespeare, no sería cualquier cosa.

Inopinadamente ocurrió algo atroz: Mamilio se interrumpe, dice:

-Voy a seguir contándolo en voz baja.

Y con un total desprecio por los espectadores aproximó la boca a la oreja de Hermiona y continuó su relato en voz tan baja que desde la platea era imposible oírlo. Yo no podía creer lo que estaba viendo. Aquello era una burla, una estafa, una tomadura de pelo. Me incorporé en la butaca, intenté protestar, miré a mi alrededor buscando aliados, pero los demás espectadores tenían sangre de horchata y en cambio de secundarme en mis quejas me chistaron y me obligaron a callar. Yo veía todo rojo.

Encima la historia del hombre que vivía cerca de un cementerio debía de ser apasionante porque Mamilio, ajeno a mis protestas, movía los labios con ardor y Hermiona lo escuchaba embelesada, palidecía, se ruborizaba, se le dilataban los ojos. Por más que me esforzase, yo no podía pescar una palabra. Me sentía indignado.

Por algún andamio de la carpintería loca apareció Leontes, marido de Hermiona. Quizá, pensé, el rey obligue a ese chiquilín insolente a contar el cuento en voz alta. Pero el imbécil hizo todo lo contrario: le ordenó a Mamilio que se retirase de escena y desvió el diálogo hacia barullos de los que nada recuerdo.

Esperé, esperé todavía que Mamilio volviese y reanudara el cuento. No sólo no reapareció sino que en el tercer acto me enteré de que había muerto. Candorosamente presumí que algún otro cubriría su defección. Aguanté con estoicismo el tercero, el cuarto, el quinto acto, y del hombre que vivía cerca de un cementerio ni una palabra. La obra se titula *El cuento de invierno,* durante todo su transcurso no se habla de otro cuento de invierno que el que Mamilio le susurra a Hermiona al oído, esto quiere decir que la obra es una mera excusa para que Mamilio lo cuente, y sin embargo uno debe salir del teatro sin haberlo oído. A mí nadie me toma para el churrete.

Me levanté sin unirme al rebaño de babiecas que aplaudían y me aposté en la calle. Al rato vi que Mamilio, vestido con jeans y una camisa a cuadros, salía del teatro en compañía de dos nobles de Sicilia ahora vestidos, también ellos, como hippies. Caminaron una cuadra, entraron en un restaurante semidesierto y se sentaron a una mesa.

Me presenté ante Mamilio:

-¿Me permite, señor?

Se levantó todo sonriente, la mano tendida.

-¿Usted no es el crítico de...?-empezó, pero yo lo atajé con un ademán.

-No. Soy, sencillamente, un espectador de *El cuento de invierno.* Estoy aquí para...

Me interrumpió sin el menor miramiento:

-Muchas gracias. Le agradezco su atención.

¿Pero qué creía, ese cretino? ¿Que yo me había acercado para felicitarlo? La vanidad de los actores es aterradora.

-Estoy aquí -le dije, mirándolo como sólo yo sé mirar a sujetos de esa calaña- para que termine de contarme el cuento.

Me escrutó como si yo le propusiese alguna indecencia.

-¿El cuento? ¿Qué cuento?

-El del hombre que vivía cerca del cementerio.

Se me figuró que había palidecido. Estuvo estudiándome todavía durante unos segundos, se volvió hacia sus amigotes (que hablaban entre ellos y comían pan), otra vez me miró a mí. Bajó la voz.

-¿Es una broma?

-Ninguna broma.

-Pero ¿usted se refiere al cuento...?

-Al cuento que no quiso contarnos sobre el escenario. Ensayó una sonrisa, pero tenía la mirada titubeante.

-Pregúnteselo á Shakespeare. Yo no sé cómo sigue el cuento.

-No lo sabe pero se lo contó a Hermiona. Le vi mover los labios.

Ahora sí se había puesto muy pálido. La sonrisa se le desprendió de la boca. Presumo que mi expresión le dio entender que yo no estaba para bromitas.

-Movía los labios pero no decía nada- balbuceó. Hacía camelo.

Lo aferré de un brazo.

-No trate de engañarme. ¿Así que no decía nada? ¿Cree que soy un tonto? No decía nada, y había que ver la cara de Hermiona cuando usted le halagaba el oído.

El brazo empezó a temblarle. Se volvió hacia sus compañeros, que habían dejado de conversar y nos miraban con curiosidad, pareció que iba a decir algo, se arrepintió, otra vez me miró (y en los ojos le vi como un agua turbia y ondulante), susurró:

-No haga escándalo. Salgamos a la calle.

-Después de usted, señor.

Salimos. Caminamos hasta la esquina, doblamos por una calle transversal y ahí nos detuvimos. Era un sitio oscuro y, a esas horas, desierto. Mamilio, muy blanco, me observaba como si yo fuese policía.

-¿Quién es usted? -barbotó.

-Ya se lo dije.

-Créame. Movía los labios pero...

-Repítame a mí lo que le murmuraba a Hermiona al oído.

-Nada. No le murmuraba nada. Se lo juro.

-Es inútil que lo niegue.

Debo de haberlo dicho en un tono intimidatorio porque se puso a jadear. Vi cómo le latían las sienes. Estaba aterrado, pobre. Bien, reconozco que tengo una fisonomía patibularia.

-Por última vez, jovencito. ¿Va a hablar o no va a hablar?

Miró hacia una y otra esquina. Adiviné que tramaba dejarme plantado. Era joven, correría como un loco, yo no podría alcanzarlo y nunca oiría el cuento de invierno. Extraje pues el revólver y lo apunté.

-Lo escucho -dije con laconismo sublime.

El farabute casi se desmaya. Tenía los ojos vidriosos. Grumos de saliva le hervían entre los labios. Al respirar silbaba. Cualquiera lo hubiese creído en pleno orgasmo.

-Aproveché la escena del cuento -tartamudeó, y no le reconocí la voz, había enronquecido de golpe- para confesarle que la quería, que estaba enamorado de ella.... No

pude decírselo en otro momento porque siempre hay alguien que puede oírnos... Pero ella no me quiere, se lo juro. Quiere a su marido. ¿Es usted?

Otra vez vi todo rojo. La forma como pretendía salir del paso era vil, canallesca. Aquel idiota seguía mofándose de mí. Para hacerla breve: le descerrajé un balazo en el corazón. Antes de que apareciesen testigos eché a correr. Dos cuadras más adelante tomé un taxi y me fui a casa.

EL BANQUETE PLATÓNICO

A cierta hora de la noche o al amanecer los invitados, borrachos, se dejarán caer al suelo o se derrumbarán sobre los triclinios. Se habrán terminado las historias obscenas, las escandalosas risotadas, las disputas sin motivo, las súbitas reconciliaciones, los lloriqueos, la lascivia, la euforia y el rencor. Todos duermen. Alguno quizá ronque, otro tal vez murmure en sueños. Parecerán las víctimas de una repentina peste. Pero tú te mantendrás en vela. Uno de los borrachos finge. Y cuando crea que nadie puede oírlo se incorporará y dirá la palabra que estás esperando.

IN PARADISUM

Dios debe disponer que periódicamente los santos y los bienaventurados abandonen por una temporada el Paraíso, pues de lo contrario no saben u olvidan que viven en el Paraíso, empiezan a imaginar otro Paraíso por su cuenta, en comparación, el Paraíso les parece muy inferior, una especie de caricatura, eso los pone melancólicos o coléricos y terminan por creerse los condenados del Infierno.

EL PELIGRO AMARILLO

Nos dicen que los chinos tienen la piel amarilla, pero nunca hemos visto a un hombre con la piel del color del limón maduro o de la yema del huevo. Se nos dice que los chinos suman miles de millones, pero nadie los ha contado uno por uno. Se nos asegura que los chinos hablan en chino, pero jamás hemos oído que alguien hable en ese extraño idioma. Las cartas que hemos enviado a China no han sido contestadas y nuestros embajadores no han vuelto. En síntesis: el peligro amarillo es una patraña de nuestros enemigos.

EL HADO DE PAPEL

¡Terrible zozobra la del señor Kafka! Los trámites son tan largos y complicados, intervienen tantos amanuenses, él debe deambular por tantas oficinas, le exigen tantos requisitos, certificaciones y avales, tuvo que llenar de puño y letra tantas solicitudes que ha tenido miedo de que se interponga un olvido, un error, una distracción, algún descuido, algún extravío, incluso alguna mala voluntad o animosidad o envidia por parte de tantas personas de las que depende su suerte. De modo que renuncia. Pero el trámite de la renuncia es tan complicado como el anterior y el señor Kafka, o K. como lo llaman para abreviar, debe recomenzarlo todo de nuevo y ahora está temiendo que se interponga un olvido, un error, una distracción, algún descuido, algún extravío, etc. etc.

EDIPO CAMBIADO, U OTRA VUELTA DE TORNILLO

El mismo día en que Yocasta, la reina aborrecida, tenía a su hijo, yo tuve al mío. Lo llamé Philón, como su padre, muerto seis meses atrás durante la guerra que mi ciudad sostuvo contra Layo, primo y marido de Yocasta. Al día siguiente fui llevada con el niño a una alcoba contigua a la de la reina. El Ama me lo explicó:

-Le servirás de nodriza a Polidoro, el hijo de mi señora Yocasta.

La rica cuna de Polidoro fue colocada cerca de la cuna de esparto de Philón y mi camastro entre ambas. Los dos niños se parecían como se parecen todos los recién nacidos: el mismo mechón de pelo húmedo sobre el cráneo todavía blando, la misma carita abotagada y roja como un puño crispado. Mi seno los hermanó. Mientras tanto Yocasta permanecía muda e indiferente en su vasto lecho. Ni una sola vez pidió ver a su hijo. ¡Oh Yocasta, más aborrecida en mi corazón que el propio Layo!

Al segundo día de nacidos Philón y Polidoro ocurrieron aquellos aciagos acontecimientos. Layo había ido a Delfos a consultar el oráculo del dios. Volvió taciturno, sombrío, temblando en no se sabía qué pavor o qué terrible cólera. Recuerdo que vino a la habitación donde estaba yo con los dos niños pero no nos miró ni pronunció palabra alguna. Se paseaba de un extremo a otro de la alcoba, desceñidas las vestiduras reales y el rostro más oscuro que la mies bajo la tormenta. Adiviné que los vaticinios le habían sido desfavorables, y secretamente me regocijé.

Con brusco ademán recogió su manto y pasó a la cámara de Yocasta. Los oí conversar.

Hablaban quedo y sus voces semejaban el ruido de los cuchillos cuando son afilados sobre la piedra. A poco se les unió la voz de Creonte, el hermano de Yocasta. Después todo el palacio se ahuecó en uno de esos silencios profundos que parecen la pausa de la música del universo.

A la noche los presagios nefastos se multiplicaron. La agorera lechuza chistó tres veces junto a una ventana. En el aire de la alcoba, que ninguna ráfaga agitaba, la luz de los pabilos parpadeó. Escuché un trueno lejanísimo. Súbitamente me acometió un sueño profético. Mis ojos estaban abiertos, pero nada veían de cuanto me rodeaba. Mi cerebro empezó a arder como una lámpara y a arrojar fuera el resplandor de las alucinaciones. Y yo contemplé, despierta, mi propio sueño.

Vi a Philón, mi hijo, hecho hombre. Vi a un hombre que yo sabía que era Philón. Vi a Philón bajo la figura de un hombre y ese hombre tenía la apariencia de un mendigo, estaba cubierto de harapos y tanteaba con báculo de ciego las piedras del camino por el que se arrastraba, y el cielo que lo cubría era inclemente, el paisaje era inhóspito, y a su alrededor la soledad se abismaba como un mar, y en el fondo de ese mar el hombre que

Librodot

era mi hijo gemía y clamaba por alguien, y sobre su rostro se aplastaba hasta alcanzar el hueso una expresión tal de dolor que no pude soportarlo y quebré el anillo que me aprisionaba y el sueño se desvaneció.

Largo rato estuve temblando en mi camastro. Otras veces había tenido sueños de esa

especie, sueños que en la lucidez de la vigilia me lanzaban a un vórtice de visiones, sueños que me inundaban de conocimientos a los que no podía resistirme y que descorriendo para mí como el velo del tiempo me volvían transparente el futuro. Y lo que esos sueños me habían anticipado, después lo había visto cumplido.

De niña soñé la devastación de mi ciudad. Soñé que los soldados extranjeros entraban por las violadas puertas y mataban a un guerrero que era mi esposo, y a mis hermanos, y hasta a mi anciano padre imbele, y soñé que un hombre fornido, desde lo alto de un carro, los azuzaba a la matanza. Diez años más tarde todo sucedió como en mi sueño, y el hombre fornido era Layo.

¿Aguardaba, pues, a mi hijo, el destino ominoso del mendigo? Siervo hijo de sierva ¿terminaría miserablemente sus días, arrojado a los caminos por el capricho impío de sus amos, acaso de ese mismo Polidoro amamantado por mí? Viejo inservible y ciego, execración de los sacros lugares, pasto de todos los infortunios, presa rendida al frío y al hambre ¿así iría a morir Philón, el hijo del rey Philón?

Yo debía torcer esa suerte funesta, debía desbaratar el cumplimiento de tan atroces augurios. A la luz ahora inmóvil de las velas, en la soledad de la alcoba, en medio de aquel silencio profundo del palacio, rápidamente ejecuté mi plan. Vestí a Polidoro con la ropa de mi hijo y a mi hijo con las ricas vestiduras de Polidoro. Coloque a Philón en la adornada cuna del hijo de Yocasta y al hijo de Yocasta en la pobre cuna de Philón. Después volví a mi camastro y fingí que dormía. Pero mis ojos cavaban, bajo los párpados, la rota mirada del insomnio. Y después un raro sopor desanudó mis miembros. Siempre, al cabo de un sueño vatídico, me invade ese letargo.

Me despertó como el recuerdo de haberme dormido. Me despertó el olvido de haber despertado y de haber visto una sombra sigilosa que rondaba entre las cunas. La lámpara seguía encendida. Miré hacia mi izquierda, hacia el rincón donde dormía mi hijo. Pero ahora quien dormía allí era Polidoro. Me volví hacia el lado opuesto. Un desmesurado mugido, un ruido como de muchas aguas estalló sobre mi cabeza. Me incorporé y empecé a gritar. Layo y Creonte aparecieron en seguida tras las puertas. Aún en mi confusión y en mi horror, aún comprendiendo que ellos no sabían cuál era el verdadero puñal que degollaba mis gritos, pensé que no habían caído en la cuenta de lo que me ocurría.

-¡Han robado a Polidoro! -mentí-. ¡Lo han arrebatado de su cuna! -mentí.

-¡Cállate, sierva! -masculló Layo con voz dura ¡Cállate o te haré azotar! Y olvídate de Polidoro si en algo estimas tu vida y la vida de tu hijo.

Y se fueron tan velozmente como habían venido. Quedé sola, tiritando en el hielo del estupor. ¿Por qué Layo me ordenaba callar? ¿Por qué Yocasta, que habría oído mis gritos, no me respondía con los suyos? ¿De qué funestas maquinaciones era mi hijo, por mi culpa, la víctima inocente? ¿Y a dónde lo habían llevado? ¿Qué harían con él? Lo matarían, quizá, o lo abandonarían en un lejano bosque o a la orilla del mar. ¿Y qué buscaba Layo con la muerte o con la desaparición de Polidoro? ¿Burlar los oráculos como yo mi sueño? ¿Y fuisteis vosotros, oh dioses inmortales, quienes me inspiraron aquel insensato trueque entre los dos niños, para así castigarnos a él y a mí?

Entretanto hervía sobre mi camastro como sobre carbones encendidos. Cuando el ojo del día me iluminó, pensé contárselo todo a Yocasta. Pero en seguida me disuadió el cruel convencimiento de que el crimen tramado contra Polidoro ya estaría cumplido en

Philón. Revelando la verdad no rescataría a mi hijo y sólo conseguiría que los designios de Layo corrigieran sus tiros y tal vez me tomasen también como blanco, porque grandes iban a ser el enojo y el terror del monarca, y al cabo sus propósitos encontrarían una doble satisfacción.

Resolví no decir nada. Vislumbré una esperanza remota pero secreta, sólo conocida por mí, la posibilidad de vengarme sin que nadie lo advirtiese. Ese Polidoro dormido en la cuna de mi hijo cumpliría los oráculos del dios, y alguna ruina, yo no sabía cuál, alguna inmensa desgracia recaería sobre el linaje de Cadmo y de Agenor, sobre las cabezas de Layo y de Yocasta y de ese otro, Creonte, tan orgulloso que jamás se dignó mirarme. Un odio infinito, que se sentía dispuesto a todas las crueldades y también a todas las astucias y a todos los simulacros, un odio que ni siquiera se detendría frente a ese Polidoro que usurpaba, ay, por mi mano, el sitio de Philón, me hinchó la garganta como un vómito.

****

Largos años transcurrieron, disparados por la perezosa ballesta del tiempo. Polidoro creció y se hizo mozo, siervo en el palacio real de sus padres, bajo el nombre de Philón, falso hijo de la sierva Hécuba.

No desmentía su vidueño. Era de agradable apostura, aunque tan atrevido e indócil que más de una vez debieron azotarlo. Aguantaba los azotes con una sonrisa desdeñosa, pero la mirada se le ponía negra de ira. Yo no perdía ocasión de zaherirlo y de vejarlo, complaciéndome en irritar su genio díscolo.

-Sierva -me decía Yocasta- ¿por qué aborreces a tu hijo? Es un joven hermoso.

Y las miradas de la reina se demoraban en su hijo. También Polidoro espiaba a la reina. Creo que nadie, salvo yo, sorprendió el juego incesante y pertinaz de esas miradas. Y nadie, ni ellos mismos, nadie excepto yo, supo de qué manantial se nutría esa corriente subterránea que los arrastraba al uno hacia el otro. Porque la sangre se llamaba a sí misma desde las venas de la madre a las venas del hijo y desde los pulsos del hijo a los pulsos de la madre, pero ellos no sabían descifrar ese llamado. La sangre tejía entre los dos su hebra poderosa, pero ellos no podían adivinar de qué estaba tejida. Había una, una sola para quien aquella trama destrenzaba sus secretos hilos, una sola que sabía leer la escritura invisible del mensaje, pero ésa no habló. Y, no satisfecha con callar, prestó su mano encubridora para que el horror apretase su nudo ignominioso.

Sí, yo llevé a Polidoro el recado de Yocasta, yo llevé a Yocasta las jactanciosas respuestas de Polidoro. Yo fui la lanzadera que iba del uno al otro, tan veloz, tan silenciosa que nadie seguía su vaivén. Y después velé a las puertas de la cámara real, atisbando los pasos del infamado consorte. Y la reina me mostraba el rostro hipócrita que las adúlteras muestran a sus alcahuetas, y Polidoro me trataba con la soberbia del ladrón a su cómplice.

Pero aquel amor no les traía la dicha. Un horror apenas presentido, una repugnancia que ella confundía con los remordimientos y él con el hastío, una angustia que tomaban por la insatisfacción de sus deseos, y a ratos una hostilidad que los separaba para avivar en seguida el ardor del apetito y volver a reunirlos para exaltarles la furia de las reyertas, todo este acíbar se mezclaba a sus deleites y les ponía a los dos una máscara mórbida, sombreada por el humo del dolor.

Cierta vez Layo decidió hacer un viaje a la Fócida. Se llevó consigo a tres servidores, entre ellos a Polidoro. Varios días después volvió Polidoro, las ropas desgarradas, con la noticia de la muerte del rey. Contó que una pandilla de bandidos les había salido al paso en el cruce de los caminos de Delfos y de Daulia; que, habiendo querido Layo defenderse, los bandidos lo habían ultimado, lo mismo que a los otros dos servidores, y que únicamente él había conseguido huir y salvarse. Creonte envió gente armada al sitio del encuentro con los salteadores. Ahí fueron hallados los cadáveres de Layo y de los dos siervos, los trajeron a Tebas, y el cuerpo del rey tuvo magníficos funerales y una sepultura no menos magnífica.

Pero yo sospechaba que Polidoro no había dicho la verdad. Una noche, libaciones de vino tibio y falaces lisonjas me lo entregaron rendido al asalto de mis preguntas. Entonces me refirió una historia más abominable de lo que él podía maliciar.

Cuando el carro donde viajaba el hijo de Lábdaco había llegado a la encrucijada de los dos caminos, Layo ordenó que buscase Polidoro en los alrededores una fuente que, según él recordaba, había cerca y en cuyas aguas saciarían la sed. Polidoro obedeció. Se había internado en un bosquecillo de encinas cuando oyó voces airadas. Volvió sobre sus pasos y, escondido entre hiedras y helechos, lo presenció todo. Un desconocido, alto como un dios, fuerte como un héroe y más hermoso que Paris disputaba de palabra con Layo; Layo, colérico, descargaba sobre el desconocido su aguijada de doble punta; el desconocido se defendía golpeando a Layo con un bastón. Los dos servidores hostigaban al desconocido, y el desconocido, con recios golpes de su báculo, privaba a ambos de la luz. Por fin el desconocido se alejaba. Polidoro salió de su escondite. Y ya iba a huir, dando por muertos a los tres de Tebas, cuando oyó un gemido. Era Layo, que pesadamente se incorporaba sobre el desorden de sus vestiduras. Pervertido por su pasión hacia Yocasta, Polidoro se había acercado sigilosamente al anciano rey y con una piedra parricida lo había matado. Entonces Polidoro había vuelto a Tebas y urdido la conseja de los salteadores.

Y en tanto me confesaba su crimen, sonreía con torpe mueca de borracho, y pensaba en Yocasta, y la infatuación y la perfidia le retocaban los hermosos rasgos con un pincel perverso. Y yo también sonreía, y bebí un vaso de vino mientras sentía cómo la lengua de la venganza lamía mis heridas, y le dije a Polidoro:

-Los dioses te protegen.

Pero en esa misma noche Creonte sorprendió al hijo de Yocasta en el lecho de Yocasta. Creo que me distraje, somnolienta a causa del vino. Al día siguiente el cadáver de Polidoro apareció al pie de los barrancos, y así la infamia de la reina permaneció oculta. Pero Yocasta anduvo un tiempo con el rostro crispado y en cambio yo guardaba en mis labios la sonrisa de Polidoro mientras me refería la muerte de Layo. Una vez Yocasta, rabiosa, me gritó:

-¿De qué te sonríes, serpiente?

*****

Librodot

El río del tiempo corrió unos meses más. Yocasta languidecía en su palacio. Creonte gobernaba con mano despótica. Pero nada podía su rigor contra las depredaciones de la Esfinge. Era ésta una mujer crudelísima que capitaneaba una tropa de bandidos. Ella y sus secuaces robaban y asesinaban con tanta temeridad en sus tropelías, con tanta saña en sus delitos que ningún viajero se atrevía a cruzar la Beocia por el lado de Tebas. En vano Creonte prometió que quien librase al país de aquel azote compartiría con él el gobierno de Tebas y obtendría la mano de Yocasta. Nadie se sintió capaz de llevar a buen término tamaña empresa.

Hasta que se supo que un corintio, sin más armas que un bastón y sus fuertes brazos, había matado a la Esfinge y diezmado a su pandilla. El extranjero entró en Tebas entre las bendiciones del pueblo y vino directamente al palacio real a reclamar por la promesa de Creonte.

Apenas lo vi, el corazón me atronó en el pecho. Aquel hombre era el vivo retrato de Philón, mi difunto marido. Era Philón, mi hijo.

Sentado frente a Creonte y a Yocasta, que lo miraban complacidos, echada la clámide a la espalda, el bastón con el que había vencido a la Esfinge apoyado en los muslos estupendos, hermoso y apacible el semblante, dijo llamarse Edipo y ser hijo de Pólibo y Mérope, reyes de Corinto. Como repetidas veces oyera que no había sido engendrado por aquellos a quienes tenía por padres, determinó ir a consultar el oráculo de Apolo en Delfos. Por la crispada boca de la pitonisa el dios le reveló que su estirpe era real, que él mismo sería rey, pero que reinaría donde su madre fuese una sierva. Espantado, no volvió a Corintio sino que emprendió un camino en dirección opuesta, y así había llegado, después de mucho andar, a la tierra de los cadmeos y vencido a la Esfinge.

"Que reinaría donde su madre fuese una sierva". Ya no tuve ninguna duda: Edipo era mi hijo. Y tan grande júbilo me hizo romper en un llanto incontenible. Todos me miraron. Creonte frunció el ceño severo y Yocasta, irritada, mandó que me retirase. Sólo Edipo me sonrió y, cuando pasé a su lado, me dijo con voz afable:

-No olvidaré, sierva, las lágrimas que te arrancó mi triste suerte.

Nada supe responderle. Apenas si supe sonreírle y bendecirlo desde el fondo de mi corazón, que por él se me ahondó como un pozo de agua fresca.

Y Edipo casó con Yocasta y reinó, junto con Creonte, sobre Tebas.

*****

Pocos días después de las nupcias uno de los más antiguos servidores de palacio, un troyano a quien por eso mismo aquí llaman Teucro, vino a decirme, zalamero:

-Oh tú, Hécuba, de raza ilíaca como yo. Tú que ves diariamente a la reina y puedes hablarle cuando te place, pídele que me envíe al campo a pastorear los rebaños. Por los dioses te lo ruego.

Adiviné que algún grave secreto atormentaba al troyano. Y súbitamente supe que la sombra que había creído ver rondando en torno de las cunas de Philón y Polidoro, la noche en que robaron a mi hijo, era la de este Teucro, perro fiel de Layo.

Le prometí complacerlo a condición de que me confiase el motivo de una petición tan poco razonable, pues era extraño que a su edad prefiriese la vida ruda del pastor. En un principio intentó resistirse, pero tan firme me mantuve, tantos juramentos de no divulgar sus palabras proferí, tantas amenazas agregué a tantas promesas, que Teucro terminó por acceder, no sin antes gimotear, y llorar, y retorcerse las manos, y obligarme a renovar mis juramentos de que no lo delataría.

Esto fue lo que me refirió:

-Recordarás, tú que lo amamantaste como a un hijo tuyo, recordarás que, al segundo día de nacido, Polidoro desapareció de su cuna y nadie supo qué fue de él. Pues bien, yo te confiaré lo que ocurrió. Por orden de Layo (jamás me atreví a indagar la razón de un acto tan abominable), por orden de Layo, digo, aquella noche llevé al niño a lo más fragoso del monte Citerón y allí lo abandoné, sus tiernos pies atravesados por un hierro, para que las fieras o la sed y el hambre lo privaran pronto de la luz. Pero la piedad me hizo volver sobre mis pasos, recogí a Polidoro y lo entregué, sin descubrir quién era, a unos pastores corintios, quienes se ofrecieron a cuidarlo y a llevarlo con ellos a Corinto. Y un mancebo, alzando a Polidoro, lo llamó Edipo a causa de que el pobre niño tenía los pies hinchados por los grillos con que yo, no por mi voluntad sino por orden de Layo, se los había atravesado.

-¿Y tú crees -dije, aparentando indiferencia- que nuestro rey Edipo es aquel Polidoro que confiaste a los pastores?

-¿Cómo no creerlo? Todos los detalles coinciden y encajan unos con otros: el nombre, Edipo; el país donde se ha criado, Corinto; la sospecha de que no es hijo de Pólibo. Y hay algo más. Fíjate en sus tobillos. Conservan las cicatrices, empalidecidas por el tiempo, de las heridas que les infligieron los hierros. Es él, es Polidoro. ¡Y ha desposado a su propia madre! Espantosas desgracias se ciernen sobre Tebas. Por eso quiero irme lejos. Vete tú también con cualquier excusa. Pero ¿Por qué te sonríes?

Yo me sonreía porque, sí, Edipo era el niño abandonado en el monte Citerón y llevado a Corinto por los pastores, pero ese niño no era Polidoro, como creía Teucro, sino Philón, mi hijo, y ahora Philón reinaba sobre Tebas la de las siete puertas, y así todos mis muertos triunfaban de la maldecida ralea de Layo.

*****

La sombra de Hades enturbia mis ojos. Un rumor como de caracolas marinas resuena en mi pecho. Veo, a través de la niebla, a Edipo, a Creonte y a Yocasta, los tres con la faz demudada, veo a Teucro, a quien un guardia arrastra hasta los pies de Edipo, y a éste que lo amenaza con un ademán desaforado, y al siervo que llora y balbucea, y a los dos reyes que se agitan convulsos, y a Yocasta que se lleva las manos al rostro, y ahora sí, ahora me parece oír a Edipo, a Edipo que dice con una voz como trueno:

-Yo maté a un anciano en la encrucijada de los caminos de Delfos y Daulia. ¿Y ese anciano era Layo? ¿Y era Layo mi padre? Y desposando a Yocasta ¿he cometido el crimen más nefando?

Quiero hablar pero no puedo. Mi boca es una piedra muda, mi lengua es como una hoja seca desprendida del tallo. Ya no veo a Edipo, a Philón, mi hijo. Ya no oigo su voz. Las sombras se cierran sobre mis ojos. No distingo nada, sino la caracola marina que retumba en mi pecho hasta desgarrarlo.

ESCENARIOS PARA EL CRIMEN

Algo espantoso puede suceder en un museo de paleontología durante los carnavales, en un negocio de artículos ortopédicos en Nochebuena, dentro de la Bolsa de Comercio a la medianoche de un día de fiesta. Hay sitios que, en determinados momentos, parecen no pertenecer a la realidad y allí un hombre podría engañarse y cometer infamias y perversidades, convencido de que disfruta de la misma impunidad que la vigilia promete a los sueños más atroces.

EL ARTE DE LA POLÍTICA

El rey Carlos IV de España:

-¡Traidor! ¡Infame! He sabido que te acuestas con mi mujer.

Manuel Godoy:

-¿Yo? Yo sólo me acuesto con la reina de España.

El rey:

-Siendo así, no tengo nada que decir.

NADA SATISFACE AL RESENTIDO

Jesús ama tiernamente a Judas. Lo elige corno uno de sus discípulos. Judas tuerce la boca, piensa: "Por algo me eligió. Algún interés esconde". Jesús lo nombra tesorero de los apóstoles. Judas masculla: "Me nombra tesorero para tenerme todo el día ocupado mientras él se luce haciendo milagros". Jesús le permite que haga dos o tres milagros. Judas le contesta que él no tiene por qué imitar a nadie. Judas anda con el ceño fruncido y la cara desencajada en una mueca de mal humor. Nada le cae bien. Todo es un pretexto para desencadenar interminables discusiones. La popularidad de Jesús lo irrita. Finge temer por su suerte y le aconseja desistir de su campaña de agitación social, pero lo que busca es sabotearlo. En vista de que Jesús sigue haciendo proselitismo lo denuncia a la autoridad con la excusa de que así lo salva de males mayores. Cuando Jesús resucita, Judas no aguanta más y se suicida.

EL PERRO DE DURERO[*]

* Se trata del perro que aparece en el grabado de Durero que se titula "El Caballero, la Muerte y el Diablo".

El caballero ¿quién no lo sabe? vuelve de una guerra, la de los Siete Años, la de los Treinta Años, la de las Dos Rosas, la de los Tres Enriques, una guerra dinástica o religiosa, o quizá galana, en el Palatinado, en los Países Bajos, en Bohemia, no importa dónde, tampoco importa cuándo, todas las guerras son fragmentos de una única guerra, la guerra sin nombre, la guerra a secas, la Guerra, el caballero vuelve de uno de los segmentos de la Guerra, pero es como si hubiese viajado a través de todos los reinos de la Guerra porque todos repiten los mismos estruendos y las mismas infamias, de modo que no hay que tener escrúpulos de cronología ni de geografía, los Plantagenet y los Hohenstaufen forman una

sola familia díscola, los lansquenetes se mezclan con los granaderos, los ballesteros con los arcabuceros, se juntan ciudades con ciudades, castillos con castillos, torres con torres, en todas las batallas mueren los mismos muertos y todos los muertos se pudren bajo el mismo sol y bajo la misma lluvia, el caballero, pues, regresa de una cuenta en el collar de la Guerra, él cree que es la última cuenta y no sabe que el collar es infinito o que es finito pero circular y que el Tiempo lo desgrana como si fuese infinito, el caballero partió joven y gallardo y vuelve viejo y seco como una cáscara seca, tampoco esto es una novedad porque la Guerra carece de imaginación y todas las guerras repiten los mismos trucos, todos los caballeros que han atravesado una provincia de la Guerra sin caer en la celada de la Muerte vuelven viejos y resecos como una cáscara seca, el caballero tiene la barba crecida, está sucio de polvo, huele a sudor, a sangre y a mugre, los piojos se alojan en sus sobacos, entre los muslos un sarpullido como una quemadura le escuece la piel, escupe una saliva verdosa estriada de filamentos cárdenos, habla con la voz enronquecida por los fríos y por los fuegos, tiene los ojos tintos en los insomnios y en las borracheras, olvidó el lenguaje florido que hablaba cuando era adolescente y servía como paje en la corte de algún Margrave o de algún Arzobispo, ahora pronuncia blasfemias y juramentos sacrílegos, olvidó las graciosas reverencias de antaño, las danzas delicadas al son de la espineta, a las mujeres ya no les pide amor, les pide vino, comida, un lecho, y mientras los soldados violan a las muchachas él bebe solitario y taciturno, hasta que los soldados reaparecen bostezando y entonces él da un manotazo sobre la mesa y maldice a los reyezuelos que huyen de la batalla pálidos y con la ropa hecha jirones en un corcel sudoroso, para volver a surgir después que la batalla terminó vestidos de oro, bajo un palio de oro, en medio de un alboroto de oriflamas y estandartes, maldice a los Papas cubiertos de armiño que desde lo alto de las sillas gestatorias asperjan con agua bendita los sellos escarlatas de las alianzas y de las coaliciones, maldice al Emperador a quien una vez vio caminar entre lanzas erguidas como falos a la vista de ese damiselo de la Guerra, el caballero se pone de pie y vuelca la silla, vuelca la mesa, los vasos y el jarro de vino, los soldados vapulean al dueño de la taberna, la taberna es incendiada y la tropa reanuda la marcha con el caballero al frente, ahora atraviesan un bosque a la luz de la luna, el caballero está mudo, los ojos fijos en la noche, uno a uno los soldados callan, se adormecen sobre sus cabalgaduras, sueñan con la cabeza caída sobre el peto, uno cree oír una música distante, la música de su niñez en alguna aldea del Milanesado o de Catalunya, otro cree oír voces que lo llaman, la voz de su madre o de su mujer, alguien lanza un grito y despierta sobresaltado, pero el caballero no se vuelve a mirar quién gritó como si el grito fuese el de un pájaro del bosque, sigue adelante con los ojos fijos en la noche, el soldado que va detrás de él, el que está más próximo al caballero, el soldado que lleva una bandera desflecada y quemada por la pólvora que ahora pende sobre la grupa del caballo como una gualdrapa roñosa, ese soldado, un mancebo rubio con la apariencia de un juglar, de pronto tiene un extraño pensamiento, la idea de que la armadura del caballero cabalga vacía, la idea de que el caballero se consumió dentro de la armadura y ahora la armadura es un muñeco de hierro sin su relleno de estopa y de aserrín, esto lo imagina porque nunca vio al caballero sino revestido de la armadura que sostiene la lanza, esos guardabrazos y guanteletes que señalan los nortes de la Guerra, la borgoñota que aúlla órdenes y maldiciones y bajo la borgoñota la pelambre enmarañada, pero quizá la pelambre sea una barba sin rostro, un poco de paja o de hierba crecida dentro de la armadura, y esta idea, esta fantasía hace reír al soldado rubio que piensa que tal vez ha transcurrido mucho tiempo desde que el caballero se disecó en el interior de la armadura, mucho tiempo desde que la armadura se vació del caballero y ellos han seguido de batalla en batalla detrás de esa armadura hueca desafiando a la Muerte porque creían que el castañeteo de la visera y el rechinamiento de los goznes de la armadura eran la voz ronca del caballero, y cuando el portaestandarte rubio ríe como sonámbulo o como ebrio el caballero se yergue sobre la clavícula de los estribos y prorrumpe en una maldición, como si hubiese adivinado de qué se ríe el portaestandarte y quisiera hacerle una broma, demostrarle

Librodot

que en el interior de la armadura sigue vivo, o reprenderlo por esa fantasía de la armadura vacante, el soldado rubio se encoge de miedo pero en seguida comprende que el caballero no se ha despabilado ni ha maldecido a causa de su risa sino porque los árboles del bosque, hasta ese momento ateridos bajo la luna como bajo la nevazón del invierno, repentinamente se cubren de flores y de frutos, se han cubierto de esa floración que el calor de la Guerra hace brotar durante las cuatro estaciones, en el buen tiempo y en el mal tiempo, en las comarcas fértiles y en las comarcas áridas, se han cubierto de esos frutos siempre en sazón, siempre maduros para la siega y la cosecha, quiero decir el enemigo, quiero decir los enemigos inextinguibles que nos aguardan ocultos en la sombra, escondidos en la niebla y en el humo, y entonces los jinetes somnolientos pero todo esto ya sucedió, todo esto ya pasó y ahora el caballero regresa solo a su castillo sin la mescolanza de hierros, de hombres y de caballos que lo escoltaba en su viaje a través de una provincia de la Guerra, ya dejó atrás todo ese estrépito, dejó atrás para siempre los vivaques, las emboscadas, los saqueos, el hambre, el terror, el sueño, no conserva de la Guerra sino el caballo, la armadura, la lanza con la piel de zorro en un extremo para que la sangre de los lanceados no chorreara y le empapase la mano, conserva el olor a mugre, los piojos, el sarpullido, la fatiga, la flacura, la vejez y los recuerdos, los recuerdos, los recuerdos, recuerdos sueltos, recortados de la gran tela chillona de la Guerra, un joven caído sobre la hierba, de cara al cielo, que hundía en un río indiferente, el Meno, el Tajo, el Arno, que hundía en el río las piernas hasta las rodillas y el río le tomaba al muchacho las piernas y se las llevaba corriente abajo convertidas en hilachas, en hebras púrpuras, después rosáceas y después grises y ocres, los diez patíbulos en una plaza inmensa y desierta y en cada patíbulo un ajusticiado, péndulo de lengua afuera, campana de badajo de carne amoratada que el viento hacía sonar, que el viento hacía doblar y el campanario de diez campanas daba siempre la misma hora fuera del Tiempo, el anciano que se agachaba para defecar en el suelo helado y cubierto de nieve y que enseguida se desplomaba sobre una flor de sangre y de excremento, la rosa de la disentería, la torre alta, cuadrada, de ladrillos y más lejos una fila de cipreses, y el chorro de pez ardiente que cayó desde las almenas de la torre sobre los caballeros de túnica blanca y una cruz escarlata en el pecho, sobre los caballeros que eran todos jóvenes y hermosos y un rato antes habían asistido a la misa que ofició para ellos un obispo cuajado de pedrerías, y el cráter negro que abrió la pez ardiente, el agujero que humeaba y crepitaba como sartén al fuego, el caballero percibió aquel aroma dulzón, aquel olor a fritura y a trapo quemado, sintió sobre la mano un escozor, miró y vio que era un trocito de carne, un trocito de la carne de alguno de aquellos caballeros que un rato antes oían misa y se encomendaban a Dios, porque esto había sido para él la Guerra, aunque quizá para los reyezuelos sería otra cosa, y otra para el Papa y para el Emperador, un juego de ajedrez que jugarían a distancia, cada uno encerrado en una ciudad, en una fortaleza, en un palacio, hasta que terminada la partida saldrían el uno al encuentro del otro y se estrecharían la mano como buenos contrincantes y se repartirían las tierras donde los frutos ya habían sido segados y cosechados, pero ahora el caballero saltó fuera del tablero del ajedrez de Papas y Emperadores, ahora el caballero vuelve a su castillo y en el castillo se despojará de su armadura como de una costra seca, se quitará la borgoñota como una cabeza ajena, en el castillo lo aguardan el neblí, el laúd, la mesa tendida, el lecho cálido, su mujer, sus hijos, los

reyezuelos que él salvó de la ignominia lo colmarán de honores, el Papa y el Emperador que movieron los trebejos de la Guerra lo harán conde palatino, asistente del Solio, señor de aldeas y viñedos, hasta que al doblar un recodo del camino ve sobre la colina intacta su castillo intacto, ve alrededor la campiña, ve a los campesinos doblados sobre las sementeras, ve un perro, un perro vagabundo y mostrenco, un perro que corretea entre la maleza y se detiene aquí y allá a oliscar el rastro de otros perros, y ante ese cuadro pacífico del castillo, de los labradores y del perro, el caballero piensa que así como a él se le escapan las claves de la Guerra que sólo los Papas y los Emperadores conocen y que quizá los reyezuelos

Librodot

adivinen, a estos campesinos doblados sobre los surcos les está negado conocer la faena terrible de la Guerra, la Guerra habrá sido para ellos una noticia difusa, un resplandor de incendio en el horizonte, el paso de las tropas por el camino, y en cuanto al perro, piensa el caballero, ni siquiera supo que había guerra, que había pillaje y matanzas, y tratados bendecidos por el Papa, y un Emperador que hacía erguir las lanzas como falos, el perro habrá seguido comiendo, durmiendo, apareándose con una perra e ignorando que lejos, donde el caballero guerreaba, las fronteras se deshacían para volver a rehacerse en un nuevo dibujo, el perro nunca sabrá que un Vicario de Cristo era arrastrado por las calles, que un Emperador se hincaba día y noche desnudo ante una puerta que no se abría, nunca sabrá que la flor de la cristiandad había hervido en pez y en aceite y que un campanario de ahorcados daba la hora de la eternidad en aquella plaza vasta y desierta, porque para el perro el trueno de la Guerra sería el mismo ruido pavoroso que el trueno de la tempestad, y si hubiese visto al damiselo de la Guerra le habría ladrado como a un desconocido o habría movido la cola si le caía simpático o le daba algo de comer, de modo que el caballero siente el orgullo de ser caballero, de haber sido una de las piezas del ajedrez de la Guerra, el caballero ahora comprende que hay planos de la realidad que no se comunican entre sí, y que si los Papas y los Emperadores se ubican en los planos más altos, él no está en el más bajo, porque todavía debajo de él están esos campesinos que ni siquiera hacen la Guerra, que ni siquiera hacen el trabajo de la historia, esos campesinos anónimos siempre doblados sobre los terrones, y todavía más abajo está el perro, y aquí el caballero experimenta un vago estupor, ese perro contemporáneo de Papas y Emperadores que ignora qué es un Papa, qué es un Emperador, que ni siquiera sabe qué es un caballero, experimenta una especie de azoramiento frente al perro que viene a su encuentro sin sospechar las catástrofes y las hazañas que nimban la armadura del caballero, y siguiendo con este razonamiento, siguiendo con esta cadena de razonamientos que se inicia en el perro, el caballero piensa que los últimos eslabones quizá no sean ni el Papa ni el Emperador, porque así como el perro ignora lo que saben los campesinos, así como los campesinos ignoran lo que sabe el caballero y así como el caballero ignora lo que saben los reyezuelos y éstos lo que saben los Papas y los Emperadores, de la misma manera los Papas y los Emperadores ignorarán lo que sólo Dios sabe en su totalidad y en la perfección de la verdad, y estas reflexiones aplicadas a la Guerra, este creer que también para Dios la Guerra será una cosa distinta de la que es para los Papas y los Emperadores despierta en el caballero la esperanza de que si Papas y Emperadores que dominan el juego de la guerra lo colmarán de honores, Dios, que domina el juego de Papas y Emperadores, lo colmará de honores todavía más grandes, lo premiará por el dolor, por el hambre y por la sed que padeció en la Guerra, quizá Dios le retribuya uno por uno todos los sacrificios que él hizo en la Guerra y le abra las puertas del paraíso, y justo en el momento en que esta esperanza reconforta al caballero y lo hace sonreír, el perro, que venía a su encuentro se detiene como delante de una pared, clava las patas en el suelo, la piel se le eriza, entreabre el hocico, muestra los dientes y comienza a aullar lúgubremente, pero el caballero cree que es porque el perro no lo conoce, porque el perro se ha espantado del caballo, de la armadura, de la pica con la cola de zorro en un extremo, no hay que sorprenderse de que ese perro de campesinos se asuste frente a un caballero cubierto de hierro, frente a un caballo adornado con testeras y petrales, de modo que el caballero no le da ninguna importancia a la actitud del perro y sigue avanzando por el camino rumbo al castillo, los cascos del caballo están a punto de aplastar al perro, el perro se hace a un lado de un salto y continúa aullando, continúa gimiendo y mostrando los dientes mientras el caballero ha vuelto a pensar en su mujer, en el neblí y en el laúd de amor, y se olvida del perro, el perro ha quedado atrás en su memoria como quedó la Guerra, y así es como el caballero no sabe que el perro ha olido alrededor de la armadura el tufo de la muerte y del infierno, pues el perro ya sabe lo que todavía no sabe el caballero, el perro ya sabe que en la ingle del caballero una buba ha empezado a destilar los jugos de la peste negra, y que la Muerte y el Diablo aguardan al caballero al pie de la colina para llevárselo

Librodot

con ellos, porque si el caballero leyese lo que ahora escribo pensaría, siguiendo un orden análogo al de sus anteriores razonamientos aunque en sentido contrario, el caballero pensaría que así como el perro se ha detenido donde el caballero pasa de largo, así también los caballeros acaso se detengan donde los Papas y los Emperadores pasan de largo, de modo que quizá los Papas y los Emperadores ignoren a los caballeros, pensarían que la guerra de los caballeros es, para Papas y Emperadores, como el hedor de la Muerte y el Diablo que sólo los perros husmean, y siempre dentro de este raciocinio el caballero pensaría que quizá los Papas y los Emperadores se detengan donde Dios pasa de largo, que quizá jueguen un ajedrez que para Dios no cuenta, quiero decir que quizá Dios no vea ese tablero y a sus ojos el sacrificio de las piezas no valga nada y el caballero no sea absuelto de sus pecados en gracia de sus artificios en la Guerra ni sea recibido en el Paraíso, quiero decir que si el caballero razonase de esta manera pensaría que tal vez las realidades que atrapan a los hombres, sean reyes o campesinos, forman un tejido que no atrapa a Dios al igual que el caballero ha atravesado, sin verla, la malla que no atraviesa el perro, no obstante que la malla fue urdida para el caballero y no para el perro, no obstante que las realidades de los hombres están trenzadas para Dios, pero el caballero no leerá lo que ahora escribo y ya llega al pie de la colina, feliz con la esperanza de que su vida haya entretejido la red en la que caiga la mosca Papa, en la que caiga la mosca Emperador, feliz con la esperanza de que Papas y Emperadores hayan tejido la otra red en la que caerá Dios, mientras allá abajo, en el camino, el perro que confunde el trueno de la Guerra con el trueno de la tempestad sigue y sigue entablando otra guerra en la que el caballero confunde el ladrido de la muerte con el ladrido del perro.

JONÁS Y LA BALLENA

Jonás hostiga a la Ballena, la insulta, la provoca, le dice que se aprovecha de los peces pequeños pero que es incapaz de devorar a un hombre, la llama arenque, mojarrita y otros epítetos injuriosos. Al fin la Ballena, harta de verse así vilipendiada o acaso para hacer callar a ese energúmeno, se traga a Jonás sin hacerle el menor daño. Una vez dentro del vientre de la Ballena, Jonás empieza a correr de aquí para allá. Profiere ladridos, da puñetazos y puntapiés en las paredes del estómago de la Ballena. Al cabo de unas horas la Ballena, enferma de náuseas, vomita a Jonás sobre la playa. Jonás cuenta a todo el mundo que permaneció un año en el interior de la Ballena, inventa aventuras heroicas, afirma que la Ballena le tuvo miedo. *Moraleja: si eres grande y poderoso como una ballena y algún Jonás te desafía no lo devores, porque lo vomitarás transformado en héroe.*

NO METER LA PATA CON LA PATA DE MONO

Los otros días fui a ver La pata *de modo,* un cuento de cierto señor W. W. Jacobs, a quien no conozco, adaptada para el teatro por otro señor Marco Denevi, a quien conozco menos.

La acción transcurre en una casa de clase media, en Inglaterra. Allí vive el matrimonio White con su hijo Herbert, un muchacho simpático. Es de noche y afuera sopla el viento. Llega un tal Morris, sargento mayor o cosa así. Acaba de regresar de la India y trae consigo una pata de mono disecada. Dice que es un amuleto al que un faquir dotó de poderes mágicos: tres hombres pueden pedirle, cada uno, tres deseos, y la pata de mono se los concederá. Después de varios dimes y diretes que no interesan, la pata de mono queda en poder de los White y su hijo Herbert induce al señor White a pedirle algo a la pata, así, como una broma. El señor White le pide doscientas libras, suma modesta que alcanzaría para pagar la hipoteca de la casa. Apenas ha formulado su deseo, el señor White lanza un grito y arroja la pata de mono al suelo: asegura que la pata se retorció en su mano como una víbora. La mujer y el hijo fingen creer que todo es pura imaginación, pero se veía que estaban impresionados. También yo. Se van a dormir y termina el primer acto.

El segundo acto transcurre a la mañana siguiente. Herbert se dirige a su empleo en una fábrica. El matrimonio White sigue comentando (la escena es aburrida y demasiado larga) lo que sucedió la noche anterior con la pata de mono. Llaman a la puerta. La señora White abre. Es un hombre vestido de negro y muy nervioso. Lo hacen entrar. El desconocido no se decide a hablar claro. Al fin, después de muchas vueltas, revela el objeto de su visita: es un enviado de la fábrica donde trabaja Herbert, viene a anunciarles que al muchacho lo agarró una máquina y, bueno, murió. El señor y la señora White, espantados, aturdidos por la terrible noticia, no se mueven. Entonces el hombre les ofrece, como indemnización por la muerte de Herbert, doscientas libras. La señora White lanza un alarido y el señor White cae desmayado.

Fin del segundo acto.

Tercero y último acto. Otra vez de noche. El señor White mira el vuelo de una mosca imaginaria. La señora White va y viene como una sonámbula. Pronuncia frases distraídas, las interrumpe por la mitad, se queda con la vista perdida en el vacío. Los dos pobres viejos están como idiotizados por el dolor. Y de golpe la señora White empieza a gritar:

-¡La pata de mono! ¡La pata de mono! ¿Dónde está?

El señor White se pone de pie, mira para todas partes, no comprende. A la señora White se le ha ocurrido una idea, obvia, por lo demás. El señor White formuló uno solo de los tres deseos. Dispone de otros dos. ¿Por qué no volver a hacer la prueba? ¿Por qué no pedirle que Herbert recupere la vida? El señor White se niega.

Librodot

-Hace diez días que está muerto -solloza-. El día en que murió lo reconocí por la ropa. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras, imagínate ahora.

-¡Tráemelo! -insiste la señora White completamente histérica-. ¿Crees que temo al niño que he traído al mundo?

Luego de una prolongada discusión el señor White accede de mala gana, busca la pata de mono y temblando de pies a cabeza pronuncia el segundo deseo: que Herbert resucite. Y otra vez arroja la pata de mono al suelo, señal de que nuevamente se había retorcido como una víbora. Luego va a sentarse en su sillón, oculta el rostro entre las manos, está hecho una piltrafa. En cambio la señora White, impaciente ansiosa, se asoma a la ventana. El tictac del reloj crece, decrece, vuelve a crecer y a decrecer, para que el público se dé cuenta de que pasan las horas. Chasqueada, la pobre señora White se derrumba sobre una escuálida sillita junto al fuego.

Y de pronto golpes en la puerta.

-¡Es Herbert! !Es Herbert! -grita la mujer-. ¡Había olvidado que el cementerio está a dos millas y que mi pobre niño tuvo que venir caminando!

Quiere abrir la puerta, pero el marido trata de impedírselo.

-¡Por el amor de Dios -gime el cobarde- no lo dejes entrar!

-¿Tienes miedo de tu propio hijo? ¡Suéltame! ¡Ya voy, Herbert, ya voy!

Luchan como demonios. Entre tanto siguen resonando los golpes en la puerta. Una escena escalofriante. Yo no podía mantenerme quieto en la butaca. Hasta que la señora White consigue zafarse y corre hacia la puerta. Pero la puerta tiene colocada la tranca. La señora White, no pudiendo alcanzarla, busca una silla, arrastra la silla hasta la puerta, se sube a la silla, levanta la tranca, desciende de la silla, aparta la silla. Esa demora es aprovechada por el señor White para buscar la pata de mono, encontrarla en un rincón y balbucear en voz baja el tercero y último pedido. Respiré.

Pero cuando la señora White abre, por fin, la puerta, comprueba con horror, también yo compruebo con horror que no hay nadie, que Herbert no está, que el bobalicón del señor White le ha pedido a la pata de mono que el muchacho vuelva a la tumba. Aquello era inaudito, era sencillamente inconcebible. No sé como pude reprimir el deseo de trepar al escenario y propinarle a ese imbécil una paliza. Opté por salir rápidamente del teatro. Hablaría a solas con el señor White. El infeliz amaba a su hijo, nadie lo duda. El error lo había cometido de buena fe, obnubilado por el miedo. Yo lo instruiría para que en las próximas funciones no reincidiese en la misma torpeza.

Lo visité en su casa, cuyas señas obtuve en el mismo teatro haciéndome pasar por periodista. Vivía solo y me recibió con una obsequiosidad repugnante. Mi primera impresión fue que era un viejo sin mayores luces, así se explicaba la inexplicable sandez que había cometido. Lo malo es que dos personas tan simpáticas como la señora White y Herbert debían pagar las consecuencias. Por fortuna ahí estaba yo para poner las cosas en su lugar.

-¿Qué le pareció La pata *de mono?* -me preguntó el macaco.

-Magnífica. Pero en la última escena usted se comporta como un chambón.

-¿Yo? -se azoró, al punto de que las cejas se le unieron en una sola como un bigote postizo que se hubiese pegoteado en mitad de la frente.

-Usted. ¿Qué le pidió, la tercera vez, a la pata de mono?

-Que Herbert desaparezca.

-Mal hecho. Debió pedirle que Herbert volviera a ser lo que era antes del accidente.

-Pero...

-No me interrumpa. Una de dos: o la pata de mono no tiene poderes mágicos, y entonces las doscientas libras fueron pura casualidad y los golpes en la puerta era el viento, o sí los tiene y la señora White, al abrir, se encontraba con su hijo sano y salvo.

De pronto tomó un aire engreído.

-Disculpe, pero el autor quiere que las dos versiones, la fantástica y la realista, sean igualmente válidas y que el espectador elija la que más le guste. En la versión que usted, propone eso es imposible.

Sofrené mi cólera.

-¿Que el espectador elija? ¿Qué espectador? Yo no quiero elegir. Quiero que sea el autor quien tome la decisión. Muy bonito. Para lavarse las manos y echarnos a nosotros todo el fardo, lo obliga a usted a desperdiciar estúpidamente el tercer deseo, obliga a esa pobre madre a vivir el resto de sus días en la más negra aflicción.

-Yo no soy quién para introducir modificaciones en la obra.

-Usted es el padre de Herbert, qué cuernos. ¿Qué habría hecho cualquier otro padre en su lugar? Pedirle a la pata de mono que reconstruyese el cuerpo de su hijo. ¿La pata de mono no cumplía? Paciencia, todo había sido un cuento del tío de ese Morris. ¿Cumplía? Albricias: ahí estaba Herbert sin un rasguño. Pero para que nosotros nos devanemos los sesos entre la versión fantástica y la versión realista, el señor W. W. Jacobs y el otro cómplice, Denevi, lo arrastran a usted a perpetrar ese final absurdo, ese desenlace ridículo. Pero usted no sea papanatas. Rebélese, y en la próxima función haga lo que yo le digo.

Bruscamente se puso amable.

-Está bien, señor, no se exalte.

-¿Qué quiere insinuar con eso de que no me exalte? No me exalto, pero ciertas cosas me sacan de quicio. Usted no me parece mala persona. Sin embargo, todavía no ha comprendido que Jacobs y Denevi lo han engañado. No se deje manejar por esos dos canallas. Usted, esta noche, respetará el texto hasta el momento de pedir el tercer deseo. Ya sabe, entonces pida que Herbert vuelva a ser el que era antes de que lo agarrase la máquina. Veremos que sucede. O al abrir la puerta no hay nadie, en cuyo caso usted se librará de todo remordimiento por haber pedido las doscientas libras, o ahí está Herbert vivito y coleando y sin las consecuencias del accidente. Imagínese la alegría de la pobre señora White.

De golpe el señor White, a quien yo había tomado por un viejo sin carácter, me reveló quién era.

-¡Salga de mi casa! -Tronó, rojo como un apoplético al borde del colapso- ¡Salga o llamo a la policía!

Era un sádico, un padre descastado. Se burlaba de su mujer, de su hijo, de los espectadores, de mí. ¡Y yo, candorosamente, había ido a apelar a sus buenos sentimientos! Quizá, la primera vez, se había prestado con inocencia y temor a las maquinaciones de los dos granujas de Jacobs y Denevi. Ahora, después de varias funciones, se cebaba en ese juego abyecto. Me costó, porque se defendió con inesperada energía, pero conseguí librar al mundo de semejante monstruo.

LAS CONCIENCIAS TRANQUILAS

Un salón suntuoso donde se realiza una fiesta. Los más jóvenes danzan al compás de la música. Se ven sedas, joyas, plumas, condecoraciones, entorchados, mucetas, pelucas, dentaduras postizas, un ojo de vidrio, hermosísimo.

Llega el INSPECTOR. Las conversaciones se interrumpen. Los bailarines dejan de bailar. La música calla. Se hace un gran silencio.

-EL INSPECTOR: La policía ha recibido un anónimo en el que su autor, tal vez

sea un loco, tal vez no lo sea, amenaza con matar esta misma noche, en este salón, a la persona, no dice quién, responsable de su desgracia, no dice cuál.

Todos se sonríen, se encogen de hombros, se miran entre sí. Piensan. A medida que piensan sus rostros se demudan, palidecen, tiemblan. De golpe todos, salvo uno, gritan:

-¡Cerrad las ventanas! ¡Barricad las puertas! ¡Apagad las luces!

En medio de un gran desorden las ventanas son cerradas; las puertas, atrancadas; las luces, apagadas. Todos, salvo uno, corren a esconderse.

-EL INSPECTOR: ¿Y usted?

-Por lo visto, soy el único que tiene la conciencia tranquila.

-EL INSPECTOR: ¿Ningún cargo, ningún reproche, ningún remordimiento?

-Mi conciencia es un cristal transparente.

-EL INSPECTOR: ¿Ese anónimo no lo empaña con el recuerdo, siquiera vago, de alguna culpa?

-No.

-EL INSPECTOR: (EN VOZ ALTA) Pueden salir. El autor anónimo ha sido descubierto. Se lo lleva, esposado. Reaparecen todos los demás. Las conversaciones, la música y el baile se reanudan, más animados que antes.

EPIDEMIAS DE DULCINEAS EN EL TOBOSO

El peligro está en que, más tarde o más temprano, la noticia llegue al Toboso. Llegará convertida en la fantástica historia de un joven apuesto y rico que, perdidamente enamorado de una dama tobosina, ha tenido la ocurrencia (para algunos, la locura) de hacerse caballero andante.

Las versiones, orales y disímiles, dirán que don Quijote se ha prendado de la dama sin haberla visto sino una sola vez y desde lejos. Y que, ignorando cómo se llama, le ha dado el nombre de Dulcinea. También dirán que en cualquier momento vendrá al Toboso a pedir la mano de Dulcinea.

Entonces las mujeres del Toboso adoptan un aire lánguido, ademanes de princesa, expresiones soñadoras, posturas hieráticas. Se les da por leer poemas de un romanticismo exacerbado. Si llaman a la puerta sufren un soponcio. Andan todo el santo día vestidas de lo mejor. Bordan ajuares infinitos. Algunas aprenden a cantar o a tocar el piano. Y todas, hasta las más feas, se miran en el espejo y hacen caras.

No quieren casarse. Rechazan ventajosas propuestas de matrimonio. Frunciendo

la boca y mirando lejos, le dicen al candidato: "Disculpe, estoy comprometida con

otro". Si sus padres les preguntan a qué se debe esa actitud, responden:

"No pretenderán que me case con un cualquiera". Y añaden: "Felizmente no todos los hombres son iguales".

Cuando alguien narra en su presencia la última aventura de don Quijote, tienen crisis histéricas de hilaridad o de llanto. Ese día no comen y esa noche no duermen. Pero el tiempo pasa, don Quijote no aparece y las mujeres del Toboso han empezado a envejecer. Sin embargo siguen bordando ajuares y mirándose en el espejo. Han llegado al extremo de leer el libro de Cervantes y juzgarlo un libelo difamatorio.

AMOR ANGÉLICO

Aún sabiendo que vencerá, el ángel consiente en luchar con Jacob hasta el alba porque los ángeles ignoran el desprecio.

Librodot

LOS INCENDIARIOS

A la luz del fuego son hermosos. En medio del fragor de los derrumbamientos semejan dioses. Su voz, cuando se sobrepone a los clamores de las víctimas, suena como una música terrible. Los miramos a través del miedo, del dolor o de la desesperación y nos parecen de elevada estatura, jóvenes, vigorosos, seguros de sí mismos, espléndidos, audaces, turbulentos, heroicos, quizá despiadados. Pero después que las llamas se apaguen, después que el humo se haya disipado y la multitud se disperse, los veremos hurgar en las cenizas con un bastoncito. Sin la decoración de las catástrofes son viejos, feos, sucios, escuálidos, tienen mal aliento y los ojos empañados de catarata, visten ropa raída, les falta un brazo o una pierna, escupen fétidas salivas. Y si intentamos buscar entre los escombros los restos torcidos y chamuscados de nuestras riquezas, ellos nos golpearán con el bastoncito y cacarearán un vocabulario de comadre a quien le roban en el mercado sus hortalizas.

EL IDIOTA

Él se pasea, las manos a la espalda. EL IDIOTA, sentado, borda.

-ÉL: Quisiera saber para qué me pusieron a este idiota de compañero. No sirve para nada. No le gusta cazar, no le gusta pescar. En la lucha es demasiado débil, se rinde enseguida. Borda. Eso es lo único que sabe hacer. Bordar, cocinar y fregar los pisos. Antes yo vivía solo, pero hacía lo que quería. Ahora, si mato un animal, el idiota llora. Si digo malas palabras, se escandaliza. Y si lo invito a pelear, gime y se retuerce las manos. Es gordo, es fofo. Es blanduzco. Entre las piernas no tiene nada. Para colmo esa manía de la limpieza. Estoy cosido, cepillado, planchado y almidonado. No puedo fumar porque me sigue con un cenicero. Arrojo un papel al suelo y ahí corre a levantarlo. Antes yo comía la carne cruda. Es más sabrosa y más rica en vitaminas. Ahora debo esperar a que la ponga en el horno. Debo usar plato, cuchillo y tenedor. En una palabra, me complicó la existencia. Además, el cerebro no le funciona. *Es sordo mental*. Es tonto. No consigo que piense. Hasta mi perro es más inteligente que él. Oye, tú. Ven aquí.

EL IDIOTA acude, humilde y solícito.

-ÉL: Tengo que reconocerlo. Obedecer, obedece mejor que un perro. Y a mí se me despierta el instinto de dominación. Bien, veamos. ¿Cuánto son dos más dos?

EL IDIOTA pone los ojos en blanco, se muerde los labios, se rasca la cabeza, pero no responde.

-ÉL: Ayer se lo enseñé. Hoy ya no lo recuerda. ¿Y la capital de Yugoslavia?

EL IDIOTA repite su mímica desesperada.

-ÉL: Tampoco se acuerda. Es inútil. ¡Para qué servirás, pobre animalito débil y cobarde! Vamos a ver. ¿De qué quieres que hablemos? ¿De qué te gustaría conversar conmigo?

EL IDIOTA guarda silencio.

ÉL se impacienta, grita.

-ÉL: ¡Di algo! ¡Cualquier cosa! ¡Pero no te quedes callado como un estúpido! ¿Será posible que no haya un tema sobre el que podamos hablar?

-EL IDIOTA: ¿Qué quieres para el almuerzo?

-ÉL: ¿No dije? La cocina, la costura, la limpieza, y de ahí no sale.

Enciende un cigarrillo y se pasea. EL IDIOTA corre a buscar un cenicero. Al girar, ÉL tropieza con EL IDIOTA y con el cenicero.

-ÉL: ¡Ah, no, basta!

Arroja el cigarrillo al suelo. EL IDIOTA, de hinojos, lo recoge, lo apaga aplastándolo en el cenicero, levanta con la mano un poco de ceniza que se derramó sobre el piso. ÉL se sienta, se toma la cabeza con las manos.

-ÉL: ¡Dios mío, qué maldición! ¡Y yo que vivía tan feliz!

EL IDIOTA llora silenciosamente.

-ÉL: Ahora llora. Cuando llora, me enternezco. Y cuando me enternezco, aflojo y lo trato con dulzura. Entonces él se toma confianza, termina hartándome, me enojo, él llora y vuelta a empezar. Está bien, no llores. Ven aquí.

EL IDIOTA se acurruca a sus pies.

-ÉL: Quédate a mi lado. Con una condición: sin hablar.

ÉL lo acaricia.

Librodot

-ÉL: Tienes lindo pelo, la piel suave. Me haces acordar a... No, no te gustaría la comparación. La comimos anoche con salsa tártara. ¿Qué piensas? ¿Qué sientes? ¿Eres nomás un perro? ¿Un tigre domesticado? ¿Un ave a la que le cortaron las alas? ¿Para qué sirves? ¿A qué has venido? ¿Quién te trajo? No sé ni siquiera tu nombre.

-EL IDIOTA: Tengo un regalo para ti.

-ÉL: ¡Vaya! ¡Al fin cambiaste de tema! De modo que tienes un regalo para mí. ¿Dónde está? ¿Qué es? Vamos, tráemelo.

EL IDIOTA se levanta y sale corriendo.

-ÉL: Pobrecito, no es tan tonto como yo creía.

EL IDIOTA reaparece, siempre a la carrera. Oculta algo entre las manos, detrás de la espalda. Sonríe.

-ÉL: ¿Qué escondes ahí? A ver, muéstrame las manos. EL IDIOTA se pone de rodillas. De golpe le ofrece una manzana.

-ÉL: ¿Y era esto, tu regalo? ¿Una manzana? No, no eres tan tonto como yo creía. Eres mucho más.

EL IDIOTA llora.

-ÉL: ¿Y qué quieres que haga con esta manzana? ¿Que la coma?

Sin dejar de llorar, EL IDIOTA dice sí con la cabeza.

-ÉL: ¡Pero si no tengo hambre!

EL IDIOTA llora a todo trapo.

-ÉL: Está bien, la comeré. Con tal de que no llores soy capaz de comerme todas las manzanas del huerto. ¿Ves? Muerdo la manzana, tu hermosa manzana.

EL IDIOTA se sonríe, se pone de pie, se aleja uno pasos. Desde un rincón observa complacido cómo ÉL devora rabiosamente la manzana.

-ÉL: Encima una manzana un poco agria. No, si es lo que yo digo. No le funciona el cerebro. No entiende nada de nada. Intelectualmente, cero. Fíjense, una manzana. ¿A quién se le ocurre regalarme una manzana? A él. Y qué manzana. La peor de todas, la más amarga. Como si ahí afuera no hubiera cientos de manzanas al alcance de m¡ mano. Como si nunca yo hubiese comido manzanas. Estoy harto de manzanas. Pero él, para hacerme un regalo, elige una manzana, ácida y amarga. El pobre es idiota. Es rematadamente idiota. Es el rey de los idiotas.

Ha terminado de devorar la manzana. Escupe alguna semilla. Se limpia los labios con el dorso de la mano. Entonces EL IDIOTA hace castañear dos dedos en el aire.

-EL IDIOTA: ¡Adán!

ÉL se pone de pie de un salto.

-ÉL: Sí, querida.

Y acude presuroso a aquel llamado. Pero cuando está junto a Eva, pregunta estupefacto:

-ÉL: ¿Querida? ¿Qué significa "querida"?

En lugar de contestar, EVA entra en el dormitorio y ADÁN la sigue como un perro obediente.

Librodot

HISTORIA FANTÁSTICA

Cuenta fray Jerónimo de Zúñiga, capellán de la prisión del Buen Socorro, en Toledo, que el 7 de junio de 1691 un marinero natural de las Indias Occidentales, de nombre Pablillo Tonctón o Tunctón, de raza negra, condenado al auto de fe por brujo y otros crímenes contra Dios, se evadió de la cárcel y de ser quemado vivo pidiendo a sus guardianes, tres días antes de marchar a la hoguera, una botella y los elementos necesarios para construir un barco en miniatura encerrado dentro del frasco. Los guardianes, aunque el tiempo de vida que le quedaba al reo era tan breve, accedieron a sus deseos. Al cabo de los tres días el diminuto navío estaba terminado en el interior del vidrio. La mañana señalada para la ejecución del auto de fe, cuando los del Santo Oficio entraron en la celda de Pablillo Tonctón, la encontraron vacía lo mismo que la botella. Otros condenados que aguardaban su turno de morir afirmaron que la noche anterior habían oído un ruido como de velas, chapoteo de remos y voces de mando.

DIVINA COMEDIA

Los réprobos alegaron que administrarles el castigo del Infierno y exigirles que simultáneamente se impongan a sí mismos la pena del arrepentimiento equivalía a sancionar dos veces el mismo pecado, a transgredir el *non bis in ideni,* y Dios les dio la razón. Además -decían- ¿qué objeto tiene arrepentirse si la condena es por toda la eternidad? Otra vez Dios estuvo de acuerdo. Ahora las almas de los réprobos se jactan de sus pecados y, a despecho de los tormentos a

que están sometidas, encuentran que el Infierno es un lugar confortable. Pero Dios ya dio su palabra y no se puede retractar.

LOS MAGNÍFICOS CORNUDOS

Durante nueve años Françoise de Foix fue amante de Francisco I. Hasta que el rey se aburrió de ella y la reemplazó por otra. Entonces Jean de Laval, sire de Châteaubriant y marido de Françoise, la acusó de adulterio y la obligó a abrirse las venas.

DIÁLOGO SOBRE LOS DIOSES

-¿Para qué elevas súplicas a los dioses? Si ellos siempre accedieran a tus ruegos, sería tu voluntad y no la suya la que rigiese el universo.

-Y si nunca accedieran, también.

LAS GRANDES MURALLAS CHINAS

Despiertan, en los chinos, la nostalgia de salir. Y en los tártaros, la de entrar. Finalmente todos se dan el gusto y las murallas quedan convertidas en ruinas admiradas por los turistas.

TRATADO DE DEMONOLOGÍA

Giovanni Papini (Il Diavolo, Florencia, 1958) pasó revista a todas las teorías y a todas las hipótesis sobre el Diablo. Me llama la atención que omita o ignore el librito de Ecumenio de Tracia (?-circa 390) titulado *De natura Diaboli.*

Se trata, no obstante, de un estudio demonológico cuya concisión no obsta a su originalidad y a su enjundia. Ecumenio atribuye sus ideas a un tal Sidonio de Egipto, de la secta de los esenios. Pero como en toda la literatura cristiana y rabínica de los siglos I-V nadie sino él cita a ese Sidonio, podemos conjeturar que el padre de la teoría es el propio Ecumenio, quien echó mano de un recurso muy en boga en su época, la de inventar un autor imaginario de quien el auténtico autor no pretendía ser más que un glosador o comentarista, porque la amenaza del anatema por herejía había empezado a amordazar la libertad del pensamiento cristiano.

Resumiré en pocas palabras el tratadito de Ecumenio.

De distintos pasajes de la Biblia (Job, 1, 6-7; Zacarías, 3, 1, I Reyes, 22, 19 y ss., I Paralipómenos, 21, 1) se deduce que las funciones de Satán eran las de espiar a los hombres, informar luego a Dios, acusarlos delante de Dios a la manera de un fiscal e inducirlos a una determinada conducta. Según Sidonio (es decir, según Ecumenio), cuando Dios decidió que uno de sus hijos (=ángeles) se encarnase en carne de hombre, se hiciera hombre y, después de enseñar la Ley en su prístino esplendor oscurecido por las interpretaciones capciosas o acomodaticias, sufriese pasión y muerte y redimiera al género humano, eligió naturalmente a Satán.

Así Satán fue el primer Mesías, el primer Cristo.

Pero Satán, en cuanto se encarnó en hombre, se alió a los hombres e hizo causa común con ellos. En esto consiste la rebelión de Satán: haberse puesto del lado de los hombres y no del lado de Dios.

Que lo haya echo por maldad, por piedad o por amistad hacia los hombres o por envidia y odio hacia Dios es lo que Ecumenio analiza con un detalle casuístico digno del padre Suárez.

Esa parte del tratado no me interesa. Me fascina, en cambio, la hipótesis, de una increíble audacia, de qué Satán, antiguo fiscal y espía de los hombres, apenas se hizo hombre se plegó a los designios de los hombres y desobedeció los planes divinos, obligando a Dios, en la segunda elección del Mesías, a elegirse a sí mismo en la persona del Hijo para no correr el riesgo de una nueva desobediencia, la tercera después de la de Adán y Lucifer.

ASÍ HABLA EL NUEVO ZARATUSTRA

Que nuestras técnicas para la toma del poder sean la calumnia, la extorsión, el robo y el asesinato. Una vez en el poder, nuestra moral quedará automáticamente restaurada.

UN FANÁTICO DE LA ETIQUETA

En Bizancio la etiqueta era rígida y minuciosa. Basta leer el *Libro de las Ceremonias* que mandó compilar Constantino VII Porfirogeneta. Ahí están previstos y reglamentados todos los actos del emperador, desde que se levantaba hasta que se acostaba, hora por hora y día por día. Pero, hasta el reinado de Constantino VIII, hijo de Romano Lecapeno, nadie se había atrevido a reglamentar la muerte del emperador.

Este Constantino VIII subió al trono siendo casi un niño, pero no pudo evitar que el tiempo lo volviera viejo y débil. Se le cayeron los dientes y los cabellos y tenía la piel como una hoja seca donde se transparentan las nervaduras. Los dignatarios de la corte lo vigilaban discretamente y aguardaban su muerte. Pero el Basileus no se moría.

Pasaron otros muchos años, Constantino VIII se puso tan flaco que vacilaba bajo el peso de las vestiduras. Su rostro, entre las arracadas de pedrería, dejó ver la forma de la calavera. Los ojos, enceguecidos por la catarata, eran dos perlas engarzadas en los podridos terciopelos de las órbitas. La corona y la mitra le resbalaban por el cráneo pelado. Sus manos no podían sostener el cetro de oro ni el incensario, que a cada rato rodaba por el suelo, en el sancta sanctorum, en medio del espanto de los diáconos. Pero el Basileus no se moría.

Ya los dignatarios de la corte no disimulaban su estupor ni los más audaces su impaciencia.

Temían las intrigas de los estrategos, la rebelión del populacho, que una vez había asaltado el palacio y lapidado a Miguel el Calafate. Inútilmente el Sebastocrátor se arrodilló a los pies del emperador y lo instó a morir como hombre puesto que como Basileus era inmortal. Pero Constantino VIII no se moría.

Hasta que alguien se atrevió a añadir, en el *Libro de las Ceremonias,* la reglamentación que faltaba. Inmediatamente Constantino VIII cayó muerto en su trono.

EPÍLOGO DE LAS ILÍADAS

Desde el alcázar del palacio lo vio llegar a Itaca de regreso de la guerra de Troya. Habían pasado treinta años desde su partida. Estaba irreconocible, pero ella lo reconoció.

-Tú -le dice a una muchacha-, siéntate en mi silla e hila en mi rueca. Y ustedes -añade dirigiéndose a los jóvenes-, finjan ser los pretendientes. Y cuando él cruce el lapídeo umbral y blandiendo sus armas quiera castigarlos, simulen caer al suelo entre gritos de dolor o escapen como del propio Ayax.

Y la provecta Penélope de cabellos blancos, oculta detrás de una columna, sonreía con desdentada sonrisa y se restregaba las manos sarmentosas.

LAS MUJERES SABIAS

Los hombres la creen tonta. Creen que no se da cuenta de nada, que lo único que sabe hacer es maquillarse, sonreír, manejar con gracia el abanico y tocar el clavicordio. Roxana no mata una mosca, dicen. Está siempre en las nubes, dicen. En fin, la tienen por una perfecta babieca a la que se la puede engañar como a un niño. Pero es ella quien engaña a todos. Ha comprendido desde el primer momento que las cartas de Cristián las escribe Cyrano. Y que el famoso discurso debajo de su balcón lo pronunció Cyrano (reconoció su horrible voz gascona) y no Cristián. Sabe que Cyrano es una lumbrera y que Cristián es un burro. Pero ama a Cristián y no ama a Cyrano. De modo que sigue la comedia. ¿O qué pretendemos? ¿Que admita, delante de todos nosotros, no ignorar las pocas luces de Cristián y, sin embargo, estar enamorada de ese borrico? Entonces sí que la pondríamos en la picota. Sus amigas, sobre todo, se burlarían de ella. En cambio nos convence de que está

convencida de la inteligencia de Cristián gracias a los trucos de Cyrano. Después que se case con Cristián todo el gasto de cerebro lo hará ella, aunque atribuyéndoselo a su marido.

LOS ANIMALES DEL GÉNESIS

Recién expulsado del Paraíso, Adán hizo una aparición una espectacular entre los animales. Todos reconocieron en él a una criatura más poderosa que los demás habitantes del agua, del aire y de la tierra. Pero mientras algunos corrieron a someterse, otros, orgullosos de su libertad, prefirieron mantenerse apartados. A estos últimos Adán los llamó fieras salvajes.

VINDICACIÓN DE FEDRA

Un hijo a quien pueda amar sin incurrir en incesto, es una tentación a la que ninguna mujer se resiste

NOTICIAS DE UN DESCONOCIDO

Desde que esa gente vino a vivir en este pueblo, a todos nos llamó la atención el hijo menor, que entonces andaría por los doce años. Saltaba a la vista que allí había algo raro. Según supe después, el viejo se casó dos veces. Del primer matrimonio le nacieron seis hijos, todos con la cara del padre. Cuando enviudó, volvió a casarse con una mujer mucho más joven que él y que le dio, si uno les cree, ese séptimo hijo tan extraño.

¿Por qué, extraño? Véalo y después me dará la razón. Todos en su familia son de mediana estatura y morenos. Él es alto y rubio. La naturaleza tiene a veces caprichos, lo sé. Pero espere, hay algo más. Se trata de gente humilde, de obreros. Gente rústica. Sin embargo el muchacho siempre tuvo modales como si se hubiese criado entre personas de alto rango, usa un vocabulario de hombre que ha leído mucho. Dejemos, pues, la figura ya demasiado hermosa, demasiado aristocrática como para que uno no entre en sospechas. Pero ¿y la educación? ¿Quién le dio esa educación como usted sólo puede encontrarla en la gente rica? ¿Caprichos de la naturaleza, también?

Es inútil que pretenda describírselo. Vaya y véalo. Después comprenderá qué es lo que quiero decir. Véalo cómo camina, cómo se mueve. óigalo hablar. En seguida se va a dar cuenta de que alrededor de ese muchacho hay un secreto, un misterio. Desde el primer día se lo comenté a mi mujer. Sara-le decía yo-, ese chico no es el hijo del viejo ni de la mujer que pasa por ser su madre, ese chico proviene de una familia poderosa que, vaya uno a saber los motivos, lo puso en manos de esta gente para que lo cuide. Sara se burlaba de mí. Pero ahora se convenció, por fin.

Hay ciertas cosas que nos delatan. Cosas que un hombre, si conoce lo que es el mundo, sabe interpretar debidamente. Yo he vivido, señor. He viajado, he estado en grandes ciudades, me he codeado con toda clase de gente. Pues bien: ese muchacho tiene algo, algo que sólo yo he podido descubrir en él. Los demás, en el pueblo, hablan mucho, pero nadie ha dado en el clavo. Ahora tiene dieciocho años y es un joven apuesto, lo cual no bastaría para que ocurra lo que ocurre a menudo; que cualquier forastero que pasa por este lugar y lo ve, pregunta quién es y después se queda mirándolo con una especie de intriga, con una preocupación. Entonces ¿estoy equivocado, yo?

Le aclaro, para que no entienda una cosa por otra, que es afable y cortés con todo el mundo, aunque su amabilidad tenga esa finura de modales y de léxico que por más que me digan no pudo aprender sino en otra parte, en otros ambientes. Pero lo mira a usted en los ojos y usted siente un escalofrío que le corre por la espalda, un estremecimiento como de felicidad y al mismo tiempo de pánico. Es que los ojos lo traicionan. Son los ojos de un rey o de un príncipe. Tiene una mirada que nunca es horizontal aunque uno esté colocado a su misma altura, una mirada que no va de sus ojos a los nuestros sino que parece descender desde arriba ¿Sabe? Como si estuviese acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Así que acuérdese de mis palabras: en cualquier momento se aparecerá por aquí alguna gran comitiva y se lo llevará lejos, junto a sus verdaderos padres.

Pero no es orgulloso, qué esperanza. Ya se lo dije: es dulce y hasta sencillo. Sin embargo hay que ser muy estúpido para no darse cuenta de que ese muchacho pertenece a un mundo de reyes y de príncipes. Ahora vive en el exilio, eso creo. Sufre, yo qué sé, la pena del destierro o acaso sea la víctima de algún abandono, de alguna gran injusticia tramada contra él o contra sus verdaderos padres. Me da la impresión de que está esperando que vengan a rescatarlo. Sí, espera. Espera que alguien llegue, que suceda algo. Mientras tanto permanece abstraído, no digo indiferente ni desdeñoso sino abstraído, como si supiese que lo que lo rodea es momentáneo y que pronto todo cambiará para él.

Yo, poco a poco, fui haciéndome amigo de la familia, de la familia postiza en cuya casa se aloja. En todos estos años los visité con frecuencia y así pude advertir ciertos detalles que confirmaron mi teoría. El viejo, por ejemplo. El viejo es un anciano severo, un tanto rudo, una especie de patriarca de clase proletaria. En su presencia la mujer y los hijos no abren casi la boca. Y sin embargo con el muchacho el viejo depone su autoridad. Lo trata, no sé, con una mezcla de respeto y de timidez, con una consideración que ningún otro padre anciano tiene por un hijo jovencito. Como si el muchacho fuese un huésped de honor que él alberga en su casa. ¿Se da cuenta?

También la madre. En los primeros tiempos tanta abnegación me chocaba un poco, me parecía enfermiza. Ya no. Ahora la justifico. Ahora comprendo por qué está pendiente del muchacho, por qué lo vigila discretamente, atenta al menor de sus gestos. Le habrán encargado que vele por él y ella se desvive, quizá tenga miedo de no cuidarlo lo suficiente, que cuando vengan a llevárselo le echen en cara algún descuido, alguna negligencia. Años atrás Sara me decía:

-¿No será que está enfermo, que es delicado de salud, que su vida corre peligro y que morirá pronto, y por eso los padres le guardan tantos miramientos? Me hacían reír esas

Librodot

suposiciones de Sara. Aunque de formas esbeltas, el muchacho es robusto, vende salud. Yo, yo intuía la verdad:

-Lo que pasa es que el falso hijo tiene una categoría social superior a la de ellos, que sólo son sus guardianes. Sara dudaba. Ahora no duda más.

Como comprenderá, no tiene amigos. Hasta sus propios hermanos conservan la distancia. Todos lo tratan con mucha deferencia, pero no se animan a intimar con él. Eh, sí, se comprende. A los jóvenes les gusta juntarse entre ellos, pero recelan de aquel joven que no se les parezca, que no sea su igual. Y él es distinto de todos. Distinto y encima superior. Ellos, pues, lo estudian desde lejos, como a un enigma que no aciertan a descifrar. En cuanto a las muchachas, lo espían de reojo, pensativamente, con una insistencia nada descarada, al contrario, yo diría dolorosa.

De resultas de todo esto que le cuento, el muchacho es un ser solitario. Por lo que sé, sus únicas distracciones consisten en pasearse, sin ninguna compañía, por los alrededores del pueblo. Durante el día trabaja en el taller del supuesto padre. Verlo trabajar encoge el corazón, porque con esa figura a uno le parece que no está bien que trabaje, que es una humillación, y sin embargo él no se queja, al contrario, pone mucha voluntad. Apenas cae el sol, sale a caminar siempre solo, siempre ensimismado. ¿En qué pensará? comadrea la gente. ¿En qué pensará un mancebo de dieciocho años que se aparta de los demás? Yo me callo, pero tengo la respuesta. El joven no ignora quién es. Y quizás esté fraguando planes para recuperar la fortuna o el trono que le quitaron. Quizás evoque su infancia, seguramente feliz. O se pregunte por qué los padres lo abandonaron, recuerde terribles desgracias familiares. O lo aflija que tarden tanto en venir a rescatarlo, tenga miedo de que se hayan olvidado de él.

Yo trato de buscarle conversación. Algunos regalos le hice, no lo negaré. ¿Sabe? Para que el día en que vuelva a ser poderoso me tenga presente. Pero es inútil: a pesar de su amabilidad, no puedo franquear la raya que nos separa. Y cuando me hunde esa mirada descendente, me aturdo y me quedo callado.

Hasta unos días atrás vivía en el pueblo un supuesto primo suyo, hijo de una prima hermana de su supuesta madre. Eran el día y la noche, lo que no es nada raro ya que en realidad, según mi teoría, no son parientes. El primo es un mocetón de piel oscura, velludo como un mono, áspero y tosco, vestido de cualquier forma, con un vozarrón, unos pelos largos y unas barbas tupidas que meten miedo. Nunca me gustó ese individuo. Andaba mal entrazado, además tiene la mirada demasiado fuerte. A menudo hablaba solo, moviendo la mandíbula como si mascase cascotes. Trabajar, no trabajaba.

Pero se lo veía siempre con un libro bajo el brazo. He oído decir que perteneció a una secta de esas que estudian ciencias ocultas o cosa así. Un sujeto temible. La gente lo rehuía.

Pues bien, más de una vez, cuando el muchacho cruzaba el pueblo caminando despacio, sumido en sus cavilaciones, rumbo a los bosquecitos que hay en las afueras, el primo lo seguía a distancia, como vigilándolo. Regresaban a las dos o a las tres horas, siempre separados, él delante, el primo detrás, propiamente el perseguido y el perseguidor. Primero esas idas y venidas me picaron la curiosidad. Después me alarmé. Usted sabe, yo velo por la moral de este pueblo.

Ahora esté atento, porque voy a confiarle lo que no he dicho a nadie, salvo a mi mujer. Sucedió hace una semana.

Había resuelto seguirlos sin que me vieran y espiar a dónde iban y qué hacían. Así fue. Caminaban engolfados cada uno en sus pensamientos. Ninguno de los dos advirtió que yo los seguía. Llegaron a un monte de higueras que hay junto al arroyo. El muchacho se sentó sobre un tronco caído, a la sombra de una de las higueras. Se mantuvo quieto, como esperando al otro. Y al rato el otro se le reunió. Pero el primo permanecía de pie. En seguida comenzaron a conversar en voz baja. Yo, por más esfuerzos que hice, no pesqué una

palabra. Por los ademanes, por ciertos gestos creí entender que el primo interrogaba al muchacho, lo interrogaba con vehemencia, con una especie de desesperación o de angustia, y que el rubio respondía en el tono de dulzura y al mismo tiempo, si usted me interpreta, de dignidad que le es habitual. Ese largo diálogo, más bien ese largo interrogatorio en el cual el muchacho, varios años menor que su primo, parecía desempeñar el papel de un maestro acosado por un discípulo insaciable ¿usted me va a decir que es cosa común entre jóvenes de su edad? ¿Siempre tenían esas pláticas secretas? ¿Y qué necesidad había de salir del pueblo e ir a esconderse en aquel bosquecito? Algo ocultaban, esos dos. Algo maquinaban. De golpe se callaron. Seguían mirándose el uno al otro. Pero ya no hablaban. Hubo un gran silencio. Yo no había podido escucharlos cuando conversaban y sin embargo ahora, apenas dejaron de conversar, percibí aquel silencio. Se me figuró que todo el bosque había hecho silencio. Qué digo, el bosque: todo el país y todo el mundo. Fue un silencio terrible, pavoroso. Como si todo, absolutamente todo a nuestro alrededor, y más allá, hasta el horizonte, y todavía más allá, hasta los últimos confines de la tierra habitada, hubiese enmudecido un minuto antes de alguna gran catástrofe, un minuto antes de sucumbir. Sentí un zumbido en los oídos, Sentí en el pecho los desordenados golpes de mi corazón. Creí que también yo sucumbiría. Tuve un inmenso terror.

El muchacho y el primo, inmóviles, se miraban en los ojos, fijamente, como dos hipnotizados. Se miraban como si aquel profundo silencio fuese la obra de los dos y aguardasen su culminación, el desenlace que ambos habían planeado. Se miraron así no sé durante cuánto tiempo, horas, me parece, o días , o años. Después, poco a poco, el primo empezó a temblar. La ondulación de sus miembros, de todo su cuerpo lo hacía vibrar como un gran insecto, como si bailase una danza lasciva. La pelambre le flameaba. De repente lanzó un grito y cayó al suelo. Y en el suelo se retorcía, daba puntapiés, arañaba la tierra, se revolcaba y echaba saliva, llanto, sudores, tenía convulsiones de epiléptico o de endemoniado, y aullaba, y bramaba como un toro herido, y yo creí que estaba transformándose en una bestia salvaje, en un animal feroz con la piel erizada y la lengua rabiosa, y que en cualquier momento se abalanzaría sobre el muchacho y lo despedazaría a dentelladas.

La escena era insoportable. Era insoportable sobre todo porque el rubio, en cambio de socorrer al primo o de escapar, lo contemplaba con la misma expresión grave y melancólica que tenía durante la conversación. Lo contemplaba como si la agonía furiosa del primo fuese un castigo que él le había impuesto, acaso contra su propia voluntad. Pero su actitud, frente a los aullidos y a las contorsiones del otro, ponía los pelos de punta. Yo no podía dar crédito a mis ojos. Todo era una alucinación, un sueño.

Por fin el primo fue calmándose. Tendido en tierra, ya no se movió ni rugió. Pensé que estaba muerto. (Pero si estaba muerto ¿cómo es que el rubio permanecía sentado, tan impasible?). Después se incorporó con los movimientos torpes de quien despierta de una larga pesadilla. Le vi el rostro palidísimo y los ojos tintos de sangre. Tenía el pelo y la barba más enmarañados que nunca. Era la imagen de la locura, del horror. Se puso delante del muchacho, de rodillas, se inclinó y le besó los pies. El muchacho extendió una mano y la posó sobre la cabeza del otro, como bendiciéndolo o reconfortándolo. Así estuvieron otra eternidad. Después el primo se levantó y, sin despedirse, sin mirar atrás, se alejó caminando con el paso vacilante del borracho, del herido o del ciego. El rubio siguió en su sitio por una hora más, sin moverse, más triste que antes. Luego también él se levantó y se fue. Pero mientras él volvió a su casa y ha continuado la vida de siempre, el primo abandonó el pueblo y nadie sabe dónde está.

Así que he llegado a la conclusión de que el muchacho le reveló, al primo, quién es. Debe de ser una revelación terrible, para que haya provocado en ese urso reacciones parecidas a las de la demencia. Óigame ¿no habría que investigar? ¿No sería bueno someterlo a unas cuantas preguntas? Con usted no podrá negarse. Y si se niega o usted no se

Librodot

atreve (¡le digo que tiene unos ojos!), interrogue a los falsos padres, oblíguelos a hablar. Si quiere conocerlo, vaya y busque la carpintería del viejo José. El hijo, el rubio, se llama Jesús.

CAPILLAS DE LILIPUT

A veces una curiosidad o un escrúpulo póstumos nos llevan a ir en busca de oscuros epígonos de los grandes artistas. Es inútil: no custodian ninguna riqueza que no hayamos encontrado en los maestros. Pero consiguen subir al altar mayor de alguna capilla donde se reúnen los *snobs,* siempre deseosos de contar con dioses ignorados por el grueso de los creyentes.

LAS PRUEBAS

Cuentan: un rabí de nombre Isaq ibn'Ezra, en un rapto de soberbia o de locura, desafió a Dios a que probase que su poder se mantenía ileso y no había ido consumiéndose en el tiempo. Dios le mandó decir que aceptaba el desafío.

El rabí esperó catástrofes, zarzas ardientes, ángeles con espadas flamígeras, carros de fuego, truenos, relámpagos, un nuevo Diluvio. Nada de esto sucedió.

Pero al rabí comenzaron a acontecerle pequeños contratiempos. En la sinagoga equivocaba las palabras, decía herem en lugar de besimán tob, y a cada rato se le caían de la mano los rollos de la Ley. Si se disponía a escribir, el tintero se volcaba y la tinta se derramaba. Cuando salía a la calle, la luz del sol, rompiéndose en algún objeto metálico, le hería los ojos. Le bastaba subir a la tebá para experimentar la necesidad de evacuar el vientre. Si buscaba la Biblia hallaba el Talmud, si buscaba el Talmud encontraba la Biblia. El gato se le murió. Sus gallinas cantaron como gallos. En la mesa, el cuchillo aparecía puesto al revés. El párpado izquierdo del rabí empezó a temblar; la oreja izquierda, a picar. Durante un día tuvo hipo. Al cortarse las uñas, siempre algún trocito caía sobre el piso. Cada vez que se ponía a leer el Zohar se le nublaba la vista y no podía seguir leyendo. Durante el día del Kippur lo asaltaron vehementes crisis de hilaridad y en la fiesta de Sukkot lloró sin ningún motivo. Cuando se acostaba a dormir, la almohada estaba dura como una piedra. Y cuando se sentaba en algún escabel se rompía y él rodaba por el suelo en medio de las risas (o, si esto sucedía en el templo, de la reprobación) de los presentes.

Hasta que lsaq ibn'Ezra se prosternó sobre su rostro y le dijo a Dios que se daba por satisfecho. Dios le mandó contestar que, por lo contrario, con mucho gusto seguiría presentándole pruebas.

LA ANUNCIACIÓN NEGRA

Agoté todos los pecados y entonces sentí la náusea de la carne. Dicen que el hombre oscila entre la bestia y el ángel, que tiene una hora para rezar, otra para maldecir, una hora para reír y otra para llorar, una para meditar y otra para fornicar. Pero en el común de las criaturas esto sucede alternada y sucesivamente: en eslabón fundido por el cuerpo, un eslabón fundido por el espíritu, hasta que la muerte rompe esa cadena y ya no se sabe más. En cambio en mí todo se dividió en dos mitades: durante la primera consumí mi parte bestial, en la segunda quedé reducido a mi porción angelical. Ya no soporté la compañía de los hombres porque aún conservaban aquella mezcla impura y me consagré, en la soledad, a un extraño sueño.

Me imaginaba a mí mismo muy hermoso. Mi belleza suscitaba el amor tanto de los hombres como de las mujeres, pero yo prefería buscarlo en los hombres porque en ellos la señal de mi triunfo sobre la carne era más patente. Pues el amor que en mi sueño sentían por mí, aunque le usurpaba al otro el ardoroso lenguaje y la vehemencia de los impulsos, nada tenía que ver con el animal de la carne.

Librodot

Después mi fantasía me pareció pobre y le añadí violencia y terror. Yo entraba en el cubículo de los pecados y las prostitutas caían de rodillas y se golpeaban el pecho, los hieródulos me miraban como pájaros hipnotizados, los fornicarios y los adúlteros caían enfermos de tristeza. Mi sueño cobraba nuevas formas, nuevos desarrollos. Ya no me satisfacía la aniquilación de los instintos. Ambicioné el exterminio de todo sentimiento que no fuese un amor fanático por mí, de modo que por mí el esposo repudiaba a la esposa, el hijo abandonaba a sus padres, los amigos se separaban.

Hay una región donde todo fuego, hasta el del espíritu, se apaga: su nombre es enfermedad, su nombre es muerte. Yo debía entrar en ese país helado y sombrío y limpiarlo de los monstruos que lo infestan. Mediante prodigios sabiamente dosificados debía mostrar que también la enfermedad y la muerte se rendían al amor que yo inspiraba. Ataqué los puntos más sensibles. Unos pocos milagros, pero terribles. Hice caminar al paralítico, sané al leproso, le devolví la vida a una jovencita. Ya nadie me disputaba la presa del amor.

En cuanto a mí, yo estaba libre de todas las miserias de la carne. Libre de necesidades, libre de apetitos. No podía rebajarme al hambre y a la sed, a los agrios sudores, al eructo, al bostezo, a la picazón, ni excretar humores nauseabundos y desperdicios. Un día alguien me mataba, no por odio sino por amor, por exceso y por celos de su amor. Todos lloraban, mi asesino se suicidaba. Pero yo de pronto me despojaba de mi muerte como de una túnica ajena y resucitaba con una sonrisa en medio del delirio de mis amantes. Perdonaba a quien me había matado, lo devolvía también a él a la vida, nos abrazábamos en el éxtasis de la reconciliación. Otros ahora celosos de él y de mí, copiaban su crimen, yo volvía a morir y volvía a resucitar. Y así nuestro amor se avivaba en aquel juego de epifanías y de recesos.

Esto lo soñé durante un largo tiempo, meses o quizás años. Ahora he despertado de golpe. Un vecino acaba de anunciarme que un tal Jesús ha transformado mi sueño en realidad, pero que en la realidad él opera los milagros que yo operaba en mi sueño, para él es el amor que en mi sueño era para mí, él se ha adueñado del personaje que imaginé para mí mismo. No le he creído. Sin embargo iré a ver. Y si mi vecino no me mintió pondré a prueba a ese Jesús, lo enviaré a la muerte para comprobar si resucita como yo en mi sueño, y si resucita me perdonará y me resucitará como perdonaba y hacía resucitar yo a mi asesino, y luego no, abrazaremos en el júbilo de la reconciliación, y así , seré yo, Judas Iscariote, el primero que testimonie por la divinidad de ese hombre.

DE AMICITIA

Si un amigo no se hace ver a la hora de nuestra desgracia lo acusamos de egoísta, de insensible, de mal amigo. Pero también hay amigos que se niegan a acompañarnos en nuestra felicidad. No los acusemos de envidiosos. Acaso nuestros golpes de fortuna los alejen de nosotros porque tienen miedo de ser tomados por adulones. Son víctimas de una excesiva delicadeza, de un prurito de honestidad enfermizo. Cuando los comprendemos, tratamos de que nuestra felicidad sea humilde, nada jactanciosa, poco merecida y con algunos achaques y contrariedades.

ADUANAS DEL AMOR

No le mostremos a nadie un amor incondicional. Quien se vea objeto de esa idolatría podrá creer que, en el fondo, todo nos da lo mismo y que no sabemos distinguir entre lo que le conviene y lo que no le conviene. Pongamos límites a nuestra adoración con un cartel que diga: "¡Alto! Si cruzas esta frontera ingresarás en mi desprecio". De lo contrario sospechará que nuestro amor ha sido el alcahuete de cualquier desgracia que después le ocurra y pondrá fin a su amor por nosotros.

IMPOSTURAS DEL SEÑOR PEROGRULLO

Nadie podrá cazar al dragón: visto de cerca, el dragón ya no es dragón.

Moral: castidad del impotente.

A la hora de los festejos, los héroes están en las tabernas, en los lupanares y en los garitos.

Dios es para mí, lo que la redondez de la tierra para el arquitecto

Primero el terror, después el sacerdote, después el templo, por fin los dioses.

Altruismo del envidioso: no busco mi provecho, sino el perjuicio de los demás.

El imán humilla al hierro. Es una teoría sobre el amor

Toda revolución quiere ser la última revolución.

Los ciegos apagan la luz.

Soliloquio: amarme es conformarse con poco.

Si quieres vengarte de tus enemigos, haz correr la versión de que son amigos míos.

Mi culpa marcha tan lenta que siempre la alcanzan el perdón y el olvido

He descubierto que Eros no tiene hígado.

En el Salón del Trono las amantes del rey mueren de un ataque de risa.

Los dulces ríos fluyen en socorro del mar salado.

Llámame idealista: te busco donde sé que no podré encontrarte.

Para ser Narciso hay que ignorar que el rostro reflejado en la fuente es el propio rostro.

Paradoja: los aforismos me aburren.

Moraleja de todas las fábulas: el hombre es un animal.

Librodot

Librodot